

El Libro

de Historia

~~986~~
1545

JE 10/185

//



EL LIBRO DE HISTORIA

13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

5610/185

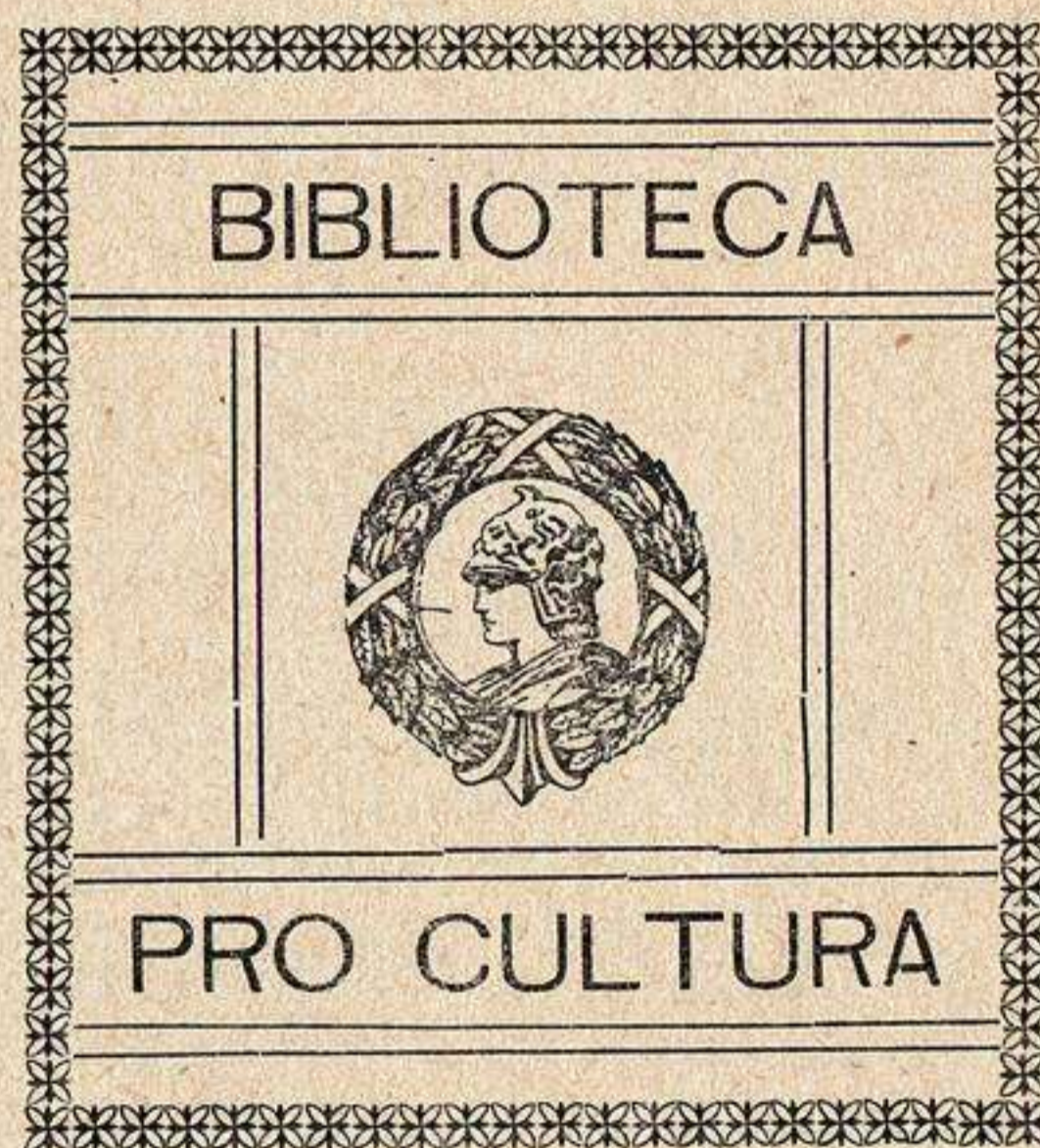
R. 5779



Martín D. Berrueta

El Libro de Historia

Ilustrado con
10 fotograbados



Hijos de Santiago Rodríguez

Imprenta y librería editorial

Burgos

Es propiedad de los editores.

Copyrgh, 1918 by Hijos de Santiago Rodríguez.

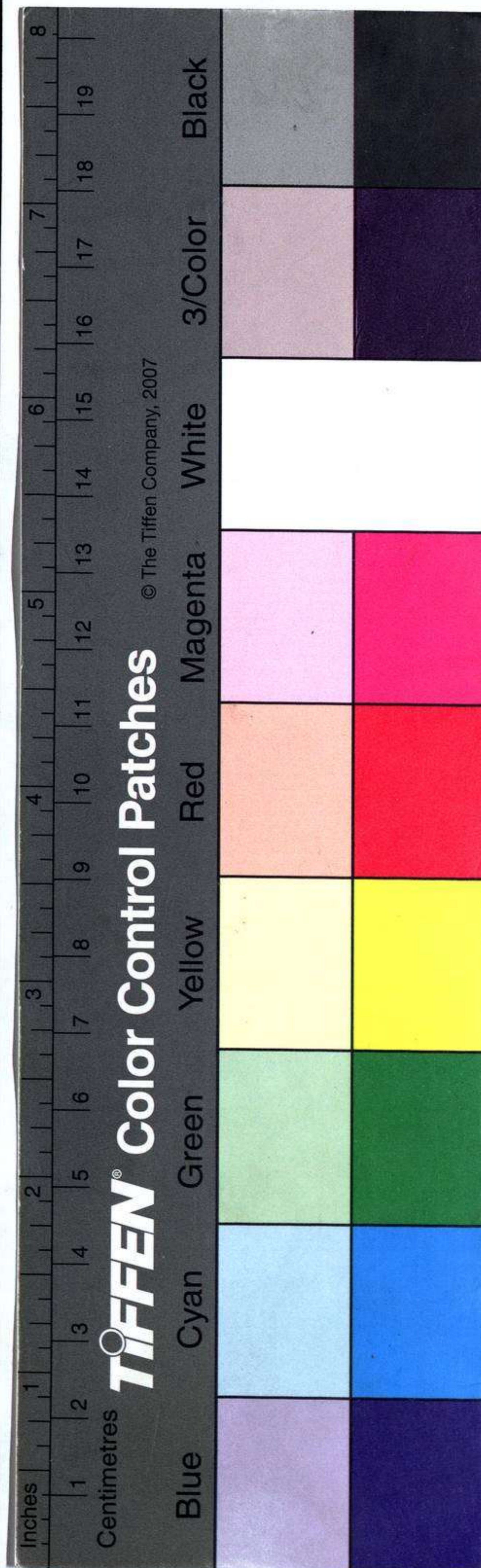
A quien vaya á leer

Afianzados en el pensamiento de despertar el interés de la lectura para procurar una instrucción inicial que sea camino para otro mayor desenvolvimiento después, aparece hoy este Libro de Historia.

No está planeado para que sea un libro más de los que sistemáticamente sirven á los fines de la enseñanza. No es eso y bien puede decirse que es algo más, y sin ofensa ni molestia para nadie, algo mejor.

Muchas veces los libros hacen odiosos los estudios y la manera descarnada de hacer la Historia con interminables listas de nombres y de fechas y de relatos lejanos y extraños, puede positivamente enjendrar un hastío y aborrecimiento de estas tan importantes y trascendentales materias.

Quizás también se haya equivocado el remedio abusando para interesar, en esa misma enseñanza y sobre todo



en las primeras edades de la Historia, de las guerras y de las batallas y de los muertos y heridos.

A los que ya han pasado sus ojos por libros de Historia, á los que por circunstancias diversas no les fué dado ahondar en páginas de investigación ni en documentos, á los que no pudieron abarcar otras fuentes ni conocieron otra metodización de los estudios históricos, les ha de servir de mucho este Libro de la Historia.

Son sus capítulos grandes síntesis de hechos que dejaron huella en la vida de la humanidad.

Son sus capítulos interesantísimos momentos de la vida de los hombres y de las sociedades y de los pueblos, para muestra de lo que debe leerse en los acontecimientos históricos, de lo que debe buscarse en el pasado para darnos cuenta de nuestros orígenes civilizadores, de nuestro presente y mirar con ojos proféticos y de progreso al tiempo que viene; para adiestrar la actividad y la vida.



De la historia de los griegos

El pueblo. — Las razas

La vida de la raza griega fué tan extensa é intensamente civilizadora, que su cultura es madre en la historia de la humanidad. No se puede ignorar lo que debemos al pensamiento heleno, lo que nuestra lengua castellana tiene del sentido de la lengua griega y lo que al magisterio de los poetas, artistas, filósofos, historiadores de la Grecia, debe la Humanidad.

En lo más oriental del continente europeo, entre Asia y Europa, en las orillas é islas del mar Egeo, se asentaron los griegos en un país de montañas, con cercos de llanuras y valles. El mar era su horizonte de extensión y de libertad: las islas alargaban sus territorios por el mar;

los golfos entraban sus aguas muy adentro de la península.

Sus hombres aventureros, comerciantes. Sus ciudades en lo alto y en las hondonadas de cultivo.

Es interesantísimo todo lo relativo á los orígenes del pueblo griego, el surgimiento de sus ciudades, los dioses y los héroes, los poemas, las guerras...

Primeramente fueron los pelasgos: después los descendientes de Helen el que se salvó en una barca cuando el diluvio cubrió la tierra. Los hijos de Helen, Doro, Eolo, Ion y Aqueo, y los hijos de sus hijos.

Hombres gigantes levantaron las ciudades primitivas, poniendo en hileras enormes bloques de piedra, unos sobre otros, sin argamasa. Y estas ciudades fueron cantadas por las leyendas y las poesías; sus reyes fueron héroes descendientes de dioses y sus guerras entonaron poemas inmortales.

Los dioses y los héroes

En la religión de los griegos encarnaron las fuerzas y fenómenos de la naturaleza en hombres superiores con pasiones humanas, que regían y gobernaban el mundo y la vida. Habitaban en las cumbres de las montañas y bajaban á la tierra y engendraban héroes y semidioses.

Las leyendas tienen tejida la vida de los dioses y los héroes.

Zeus (Júpiter) era el dueño del mundo, el todo poderoso, padre de dioses y de hombres, fué hijo de Cronos (Saturno) «el tiempo» y de Rea, hija del Cielo y de la Tierra.

Cronos, cruel, el Tiempo que devora las vidas, devoraba á todos sus hijos en cuanto nacían. Él había oído decir que, no obstante su poder, algún día sería subyugado por un hijo suyo. Y así vigilante siempre, al acecho, devoraba á sus hijos. Rea apesadumbrada por esto, cuando iba á parir á Zeus suplicó á sus padres el Cielo y la Tierra que le aconsejasen para librarlo de las iras de Cronos.

Así lo hicieron los padres de Rea. Y ella siguiendo las revelaciones recibidas fué á Lictos, en la dilatada Creta y allí nació Júpiter. Su madre durante la noche con sus propias manos lo ocultó en las entrañas de la tierra en una gruta del monte Egeo.

Luego tramó el engaño para Cronos. Envolvió una piedra en pañales y se la dió así á Cronos, diciéndole que era el hijo recién nacido. Y Cronos lo creyó y lo devoró.

Zeus fué amamantado por una cabra, que de ello se llamó Amaltea, que significa la ordeñada por un dios, la que fué mamada por un dios.

Transcurrieron los años y Cronos devolvió á la tierra su prole, y lo primero que vomitó fué la piedra.

Y se cumplieron los destinos de Zeus, que sometió á Cronos con la fuerza de sus manos, quitándole la dignidad real é imperando sobre los dioses y los hombres.

Se cuenta que Júpiter recogió la piedra del engaño á Cronos y la fijó en Pito, en los valles del Parnaso, para monumento imperecedero.

Heraclés (Hércules) es el héroe nacional de la Grecia. Su nombradía, la fama de sus trabajos y hazañas perdura y ha pasado á ser leyenda universal y simbolismo del poder y de la fuerza.

Era hijo de Zeus y de Alcmena, Hércules, fornido, de corazón de león. Cubría su cabeza con la del león de Nemea que él mató y que era como una plaga para los hombres causando muchos males. De la piel del mismo león se hizo vestir túnica. Llevaba alrededor del pecho un tahalí, una tira de cuero con labradas figuras de osos, jabalíes, leones, luchas y combates y matanzas. En torno suyo huían espantados los muertos.

Heraclés dió muerte á la hidra de Lerna: un monstruo que habitaba en las aguas del lago de Lerna, que tenía nueve cabezas, y si no se cortaban las nueve á una vez volvían á reproducirse. Mató al jabalí del monte Erimanto y á los pájaros del lago Estinfalo, los pájaros de plumas de hierro; y á la cierva de los pies de bronce, y

á Gerión, el gigante de las tres cabezas. Y de un golpe de maza abrió el estrecho que une al Mediterráneo con el Occéano.

Hércules, el héroe de estas hazañas de tonos caballerescos, errante por el mundo defendiendo á los hombres de los monstruos, abandonó á su mujer Dejanira. Esta le hizo vestir una túnica empapada en la sangre del centauro Neso y Hércules sintió un fuego que le devoraba. Desesperado levantó una pira de leña y pereció quemado por sus propias manos.

Se lee en la Teogonía de Hesiodo, que cuando llegó para Hércules ese término de sus dolorosos trabajos transportado al Olimpo, allí tomó por casta esposa á Hebe, hija de Júpiter y de Juno, y allí vive dichoso y sin penas y sin vejez.

Así se cuenta también de otro héroe, Perseo, que nació de Danae, hija del rey de Argos. Y su abuelo lo encerró al nacer en un cofre y lo tiró al mar. Fué recogido de las aguas por el rey de Serifo. Ya se hizo hombre y un día el rey de Serifo le mandó matar á la gorgona Medusa. Esta gorgona, una furia ó divinidad infernal, era un monstruo: sus cabellos eran serpientes, y cuando miraba á los hombres los dejaba convertidos en rocas.

Perseo persiguió á la Medusa. Se puso un casco y se armó de armas que los dioses le dieron y sorprendió en

el sueño á la gorgona y la cortó la cabeza. De la sangre que corría del cuello de la Medusa surgió un caballo alado que se llamó *Pegaso* y de él se apoderó Perseo y así recorrió velozmente el mundo, llevando consigo la cabeza de Medusa metida en un saco, que enseñaba á todos sus enemigos que se petrificaron.

Es también muy curiosa la leyenda del héroe de Tebas, Edipo:

Por un adivino supo el padre de Edipo el porvenir: que él, el rey Layo sería muerto por su hijo ciegamente. Y para huir de la fatalidad hizo que en lo alto de la montaña y suspendido por los piés fuese colgado el cuerpo de su hijo Edipo. Así es el significado de este nombre Edipo, el de los piés hinchados, que así lo llamó un pastor que lo recogió.

Un día salió Edipo de la casa del pastor que lo había recogido. Y en el camino tuvo una contienda con un hombre para él desconocido: y Edipo mató al desconocido que no era otro sino su propio padre el rey Layo.

Los de Tebas, andando un poco el tiempo, nombraron á Edipo su rey y le casaron con la Yocasta, viuda del rey Layo, su madre.

Cuando se descubrió la verdad de todo, Edipo desesperado se sacó los ojos. Su piadosa hija Antígona llevaba errante y ciego á su padre de su buena mano.

Con esto el lector se sentirá en curiosidad por conocer

más de la mitología de los griegos y de las leyendas de sus héroes.

Esparta y Atenas

Las ciudades de más nombradía histórica en Grecia fueron Esparta y Atenas.

Esparta estaba en un valle, el valle de Eurotas, río que baja de la Arcádia. La amurallaban las montañas de nieve. Un pueblo de soldados.

Atenas, dominando el Ática y el mar en el fértil valle del Cefisa. Un pueblo de navegantes, civilizador.

En Esparta hubo un hombre amigo de los dioses que dió á su pueblo leyes. Se llamó Licurgo.

Esas leyes establecían un gobierno democrático. No había pobres ni ricos. Las tierras distribuídas en lotes. El oficio de todo espartano, las armas; toda la educación era para hacer hombres guerreros, educación de hierro; y á los niños que tenían al nacer mala configuración natural, que no iban á ser utilizables, los arrojaban á un abismo.

Entre los soldados que se agrupaban en escuadras de quince hombres era obligatoria la comida de la sopa negra, un guisado con pedazos de carne, grasa de puerco, vinagre y sal. Eran los espartanos austeros, silenciosos. De este mutismo espartano viene el sentido intenso que hemos dado á la palabra *laconismo* (Esparta estaba en la

región llamada Laconia) aplicado á la concisión del lenguaje.

La mujer en Esparta era hija, esposa y madre de soldados. Ellas soportaban la muerte de todos sus hijos por Esparta.

En Atenas hubo también un legislador, un personaje más real que Licurgo; fué Solón. Era un hombre bueno, filósofo, poeta. Limitaba la propiedad territorial á pequeñas partes ó parcelas. Todo se ganaba por la fortuna y el trabajo, los honores, los derechos, las categorías; nada por el nacimiento. Atenas se constituyó como un pueblo agricultor: el campo para vivir, la ciudad para la oración y la justicia. Atenas fué luego industrial, comercial, rica. En el siglo V (antes de J. C.) llegó á ser Atenas el emporio de las artes y del saber.

Las guerras médicas

En la historia de Grecia se registran las famosas guerras que se llaman «médicas» que los griegos sostuvieron con los pueblos medos y persas y que duraron medio siglo.

Los reyes de Persia necesitaban extender sus dominios por el Oriente: en sus conquistas tenían como objetivo nuevo, el mundo griego. Habían adquirido noticias por Hipias, un tirano que había sido desterrado de Atenas y que ambicionaba volver: Esparta era la única ciudad

fuerte, pues las rivalidades y luchas de clase tenían á las demás ciudades en división.

Darío, el rey de la Persia, esperaba una ocasión y tomó pretesto de haber auxiliado ios atenienses á los jonios de Mileto (una ciudad vasalla de los persas) en una rebelión. En esa rebelión los griegos habían quemado á Sardes, que era la residencia del gobernador persa. Y Darío para vengarse, este fué el pretesto, empezó la guerra contra Grecia en los años de 500 (1. d. J. C.)

Una flota que mandó Darío, con la primera expedición fué desecha por un temporal al volver el promontorio de Athos, el cabo Santo.

Llegaron embajadores del rey Persa para que las ciudades griegas se sometiesen y en Esparta y Atenas les dieron muerte.

Vino á la Grecia otra flota persa y desembarcando el ejército de Darío, se dió la gran batalla en las llanuras de Maratón aldea pequeña cerca de la costa, muy cerca de Atenas. En esta batalla memorable se encontraron solos los atenienses mandados por el general Milciades; y por la pericia y valor de Milciades se salvó la Grecia, aquél día, siendo derrotados los persas.

A la larga del tiempo Milciades moría en una cárcel acusado infamemente de traición.

Murió por entonces Darío y continuó las guerras méticas su hijo Jerges. Se preparó con tiempo y dispuso

dos ejércitos numerosos, uno por mar y otro por tierra: más de dos millones de combatientes. Los griegos no pudieron armar huestes nutridas y los persas pusieron en marcha; el ejército de tierra avanzó; los griegos esperaban en un desfiladero estrecho, en el paso de las Termópilas entre el monte Eta y el mar por donde difícilmente podían pasar dos carros de frente.

Se calcula que por tierra movilizaban los griegos unos siete mil hombres. Un grupo de trescientos espartanos mandados por su rey Leónidas, defendió el paso de las Termópilas.

Estos combatientes habían salido de su patria celebrando sus propios funerales como expresión del sacrificio de sus vidas que ofrecían generosos. Y Leónidas se despedía serenamente de su mujer y presagiando su muerte la encargaba que si volvía á casarse lo hiciera con un valiente, digno de él y que la hiciera madre de «hijos dignos de entrambos».

Jerges al encontrarse con sus enemigos y valido de su poder, creyendo que el camino de las sumisiones era interminable, les envió embajadores para que se rindieran. A ello contestaron con altivez los espartanos retando al rey de los persas.

No podía Jerges convencerse de que encontraría resistencia tan fuerte. Les halagó con ofrecimientos de tierras que no aceptaron; les dió un plazo de cuatro días

para que se rindiesen y al cabo de estos días y al anunciarse el combate, advertidos los espartanos de la nube que se les echaba encima, se gloriaban de ello diciendo: «Si son tantos que anublaran el sol mejor, así peharemos á la sombra».

La resistencia fué heroica; el paso defendido con fiereza. El triunfo hubiera sido definitivo; pero un traidor Sphialtes, enseñó á Jerges un camino abierto por donde se precipitaron los persas y cogieron por sorpresa á los griegos.

Habían aprovechado la noche. Leónidas jurando la ley espartana «antes morir», con sus hombres preparó un banquete de despedida y puesto luego á la cabeza de los suyos en la oscuridad, cruzó el campo enemigo y llegó á la tienda de Jerges. Este había escapado: los espartanos hicieron muchas víctimas, pero al venir el día, envueltos por aquel enjambre de enemigos, tuvieron que sucumbir.

Cumplieron como espartanos. Una inscripción en el campo de batalla lo pregonó así: «Pasajero, dí á Esparta que aquí hemos muerto obedeciendo sus santas leyes».

Una táctica parecida habían seguido los griegos leales para la defensa por mar. Entre los atenienses y sus aliados montaron una flota de más de trescientas naves. Los consejos y la dirección del famoso historiador Temístocles llevaron las naves griegas al estrecho de Artemiso. Un

día le disputó el mando de la flota á Temístocles un espartano, Euribiades, y discutiendo ambos llegó éste á levantar la mano contra Temístocles y éste le arguyó con la célebre frase «pega, pero escucha».

Los persas, después del paso de las Termópilas, invadieron la región llamada del Atica y saquearon é incendiaron á Atenas ya evacuada por los consejos de Temístocles; y todo el paisanaje y la población civil de Atenas estaban refugiados en Egina, Trecene y Salamina.

Hacia Salamina, en movimiento envolvente, fué la flota de los persas, en donde se libró la gran batalla naval, triunfo grande para los griegos. Jerjes huyó, los griegos cogieron un rico botín y toda la Grecia proclamó á Temístocles vencedor en Salamina.

Una gran parte del ejército derrotado se quedó á invernar en Grecia á las órdenes del general Mardonio. Hubo entonces un renacimiento de amor patrio. Se instituyó una ceremonia para denigrar á los que pactasen con los persas. Y un ateniense que cobró fama de traidor á la liga de los atenienses fué apedreado y lo mismo su mujer y sus hijos.

Se dió en estas circunstancias otro encuentro en el campo de Platea; otra derrota para los persas. Murió el mismo Mardonio en la lucha.

Tal importancia tuvo esta victoria que luego de cinco en cinco años el pueblo griego celebraba su memoria

con procesiones. Ponían por delante un convoy de carros con guirnaldas de flores; luego iba un buey escoltado por jóvenes y llevando vasos de leche y vino y perfumes. Esta procesión pasaba por la ciudad y se dirigía al campo de Platea; allí el magistrado, vestido de púrpura, regaba con agua las sepulturas de los héroes y se inmolaba en su honor el buey.

A la vez en Asia Menor, en la batalla naval de Micala los persas eran también destruidos por los griegos declarados independientes y ayudados por una flota de sus hermanos de Europa.

Así se cambiaron las tornas y el mundo griego se levantaba contra los persas.

Se formó una confederación de ciudades cuyo centro fué el templo de Apolo en Delfos; cada ciudad había de contribuir á la guerra contra los persas con hombres, dinero y barcos, según lo había pensado Arístides, apellidado el *Fusto*.

Mandó estas fuerzas Cimón, que arrojó á los persas de la Tracia, las islas del mar Egeo y de la costa del Asia Menor. Y después se firmó la paz, comprometiéndose los persas á no enviar jamás al mar Egeo barcos de guerra y á no aproximarse á las costas de Grecia á más de tres días de navegación.

Atenas se había reedificado y engrandecida con el fin de la guerra contra los persas que ella sola había dirigido

con Cimon, se presenta ahora en la historia rival de Esparta y no tardarán en ponerse en lucha una con otra. Atenas fué la verdadera capital del mundo griego.

Esa rivalidad dió lugar á la guerra llamada del Peloponeso. Se presentó en ella dividida la Grecia; los estados del Peloponeso y la Grecia Central con Esparta, las islas y la costa del mar Egeo con Atenas.

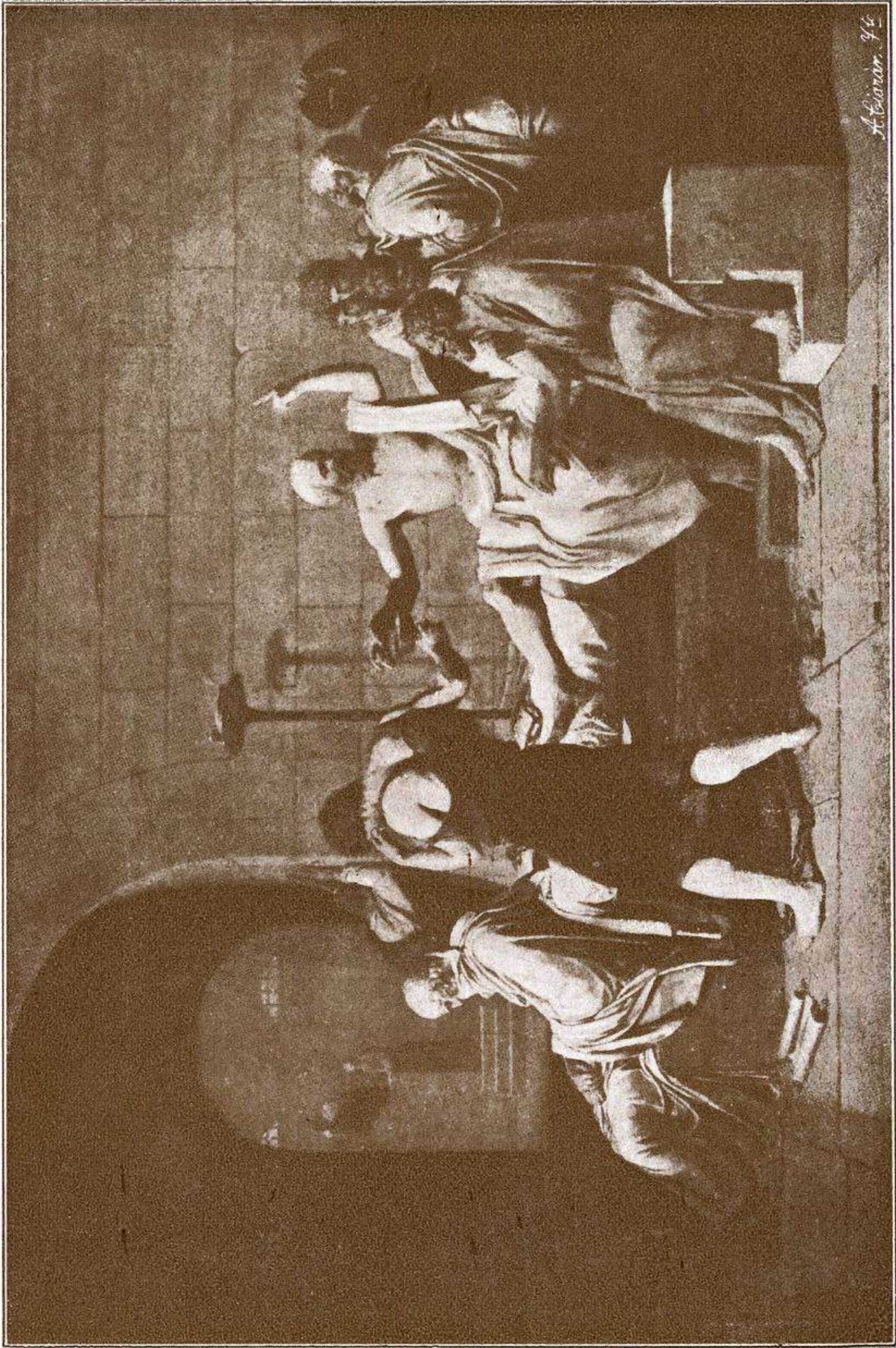
La ambición comercial, la odiosidad entre las razas jonia y doria y la misma encarnación de la aristocracia y la democracia determinan esta guerra que fué de extremada barbarie. Venció Esparta; perdió Atenas su preponderancia en Grecia y Grecia perdió lo que había ganado con las guerras médicas.

En esta guerra murió Pericles, un gran orador y político que gobernó á Atenas y que dá nombre glorioso, en las artes y en las letras, al siglo V. Figuró en la campaña Alcibiades ateniense ilustre; fué acusado de traidor y condenado á muerte.

Y por los espartanos Lisandro llevó á su patria, por senda de triunfos, al apogeo de su gloria. Él tomó á Atenas y allí estableció el gobierno llamado de los treinta tiranos.

La muerte de Sócrates

Un alzamiento de los desterrados por los Tiranos, que lo capitaneó Trásibulo, restableció el imperio de la demo-



La muerte de Sócrates

cracia y acabó con aquella forma de gobierno. Se proclamó una amnistía ó perdón y Atenas recobró su grandeza.

El odio popular contra los nobles y sus amigos provocó por algún tiempo agitaciones políticas y persecuciones y fué despiadadamente acusado un hombre bueno, Sócrates.

Me ha parecido que estas páginas de la Historia de Grecia deben llevar este interesado cuadro.

Sócrates era un caracter: formose reciamente en la severidad de los deberes y en el testimonio vivo de la conciencia. Dedicó su vida á la filosofía. Oyó á otro gran filósofo, Anaxagoras, y aprovechó toda la cultura de su tiempo. Él llevó la filosofía, de los problemas cosmogónicos, al conocimiento del hombre.

Sócrates, que no perdonó á los viciosos en sus diatribas, fué acusado de falta de respeto á los dioses de Atenas, y de pervertir á la juventud que le seguía. Y fué condenado á muerte.

Sócrates recibió su condenación y luego la muerte con serenidad y valentía.

Él decía que la muerte era un don especial de Dios. Era ya viejo, de setenta años, y él pensaba que era el momento más favorable para morir y añadía que del modo menos penoso, dando poco que hacer á sus amigos extinguiéndose sin ofrecer repugnancias, con el cuerpo sano.

Para defensa suya decía: «¿Cómo, que desprecio las

ciudades de la república? Todo el mundo me ha visto sacrificar en los altares públicos. Yo he dicho que la voz de un dios resuena en mis oídos enseñándome como debo obrar. Pues qué, los que consultan los cantos de las aves no se dejan influir por los sonidos? Quién puede negar que el trueno es una voz?»

Los jueces se alborotaron y Sócrates siguió hablando.

«Un día ante una reunión numerosa fué interrogado sobre mi el oráculo de Delfos y dijo: no existe un hombre más independiente, más justo, ni más sabio que Sócrates.»

Esto levantó un clamor de protesta,

«¿Conocéis, siguió Sócrates, un hombre menos esclavo del cuerpo que yo? Dime tu Mileto (uno de los acusadores) si conoces á uno solo de esos jóvenes, que se haya corrompido con mis lecciones, que siendo religioso se haya vuelto impío, uno solo que se haya entregado á pasiones vergonzosas.»

Los jueces le invitaron á conmutar la pena de muerte por una multa, y no quiso. Quisieron los amigos prepararle una huida y no accedió.

Advirtió que sus amigos lloraban y les dijo: «me veis á mi contento? debeis participar de mi alegría.»

Y bebió el veneno de la cicuta.



De la historia de Roma

El pueblo romano

De todos los pueblos del mundo, el pueblo romano ha sido el más fuerte, el más dominador. Parecía llamado á dominar al mundo por la fuerza y por el derecho, aspirando á tener en sus manos el cetro único. Algo de misterioso destino. Roma centro del mundo pagano había de preparar el imperio de la Roma del mundo cristiano: ciudad de supremacía para siempre.

La Europa meridional tiene tres penínsulas: la Grecia al Oriente, España al Occidente, Italia en el centro. Italia era pues el centro del mundo antiguo. Tiene Italia una región continental, las llanuras del río Pó, la *Galia cisalpina*; y una región peninsular que gráficamente parece la figura

de una bota, lo que entre los antiguos se llamó propiamente Italia.

La situación geográfica, aun con una gran extensión de costas, no era como la de Grecia apropiada para el desenvolvimiento de la vida marítima. Fueron antes todos los pueblos que vivieron en Italia pueblos que vivían de su suelo y hasta muy tarde no se desarrolló la industria y la navegación.

Las montañas favorecían la formación de pueblos independientes: hasta la dominación por los romanos no se realizó la unidad italiana.

Se repartieron aquellos territorios los galos, los etruscos, los griegos y los latinos.

Los etruscos fueron un pueblo para la historia, misterioso, del que no se conoce ni su raza ni su lengua. Hombres rechonchos, obesos fuertes, de frente ancha, color moreno, cráneo deprimido. Los griegos que colonizaron el sur de Italia, la Campania, la Calabria y Sicilia, con prósperas ciudades: los griegos pusieron allí su espíritu. Los latinos, pastores y labradores entre el Tiber y las montañas de los abruzos que rodean al Lacio.

La fundación de Roma

Tres razas de pueblos concurrieron á los orígenes del pueblo romano: los pelasgos representados por los latinos, los iberos por los sabinos y oscos, y los etruscos.

En los confines de estos tres pueblos surgirá Roma que los fundirá en uno solo.

Un grupo de siete colinas volcánicas había en una llanura pantanosa en la parte baja de la región del Lacio. De esas siete colinas la más alta, llamada el Palatino. fué el asiento de Roma.

Estas narraciones de la historia Romana son muy poco seguras. Los romanos se tenían por descendientes de Troya llegados á Italia con Eneas.

Son curiosas las tradiciones de estos primitivos tiempos.

Según esas tradiciones el dios Jano, que representaba la labranza, el cultivo del campo, fué el más antiguo de los reyes de Italia. Él se estableció sobre el Janículo, una de las siete colinas á la orilla derecha del río Tiber y que fué más tarde comprendida en el recinto de Roma.

Y en otras tradiciones, que tienen el saber de los tiempos primeros del mundo, cuando Jano abre con su reinado la serie de los siglos, se cuenta también que Italia recibió hospitalaria á Saturno, expulsado de su reino en el Olimpo por el dios Júpiter. Saturno se estableció á la otra parte del Tiber en el monte Capitolino.

Un hijo de Saturno, Picus reina después, corriendo el Siglo XIV a de J. C. Y á este le siguió su hijo Fauno. Reinando Fauno arribó al país una colonia de gentes de la Arcadia con su jefe Evandro, una nueva inmigración de

pelasgos que se establecieron después en el monte Aventino, fundando una ciudad que se llamó Palatio del nombre de un hijo de Evandro, Pallas.

Y llegamos al reinado de Latino que sucedió á Fauno y en su tiempo fué cuando llegó á Italia el troyano Eneas, que fué muy bien recibido por Evandro y pronto ganó la amistad con Latino. Habiendo perdido á su primera mujer, de la que tuvo un hijo Ascanio, se casó con una hija de Latino, llamada Lavinia y de esta tuvo otro hijo Silvio.

Ascanio fundó la ciudad de Albalonga sobre el monte Albano y fué cabeza de la dinastía que reinó tres siglos en el Lacio. A su muerte disputó el trono á un hijo que dejó Ascanio, un hermano de Silvio y se fundó la dinastía de los *silvios*. De esta dinastía era Procas rey, que tuvo dos hijos, Numitor y Amulio. Amulio destronó á Numitor y para privarle de descendientes hizo que Rea Silvia su hija se hiciera de las Vestales, á las que les estaba prohibido el matrimonio: pero Silvia se hizo madre de dos hijos gemelos por obra del dios Marte, Rómulo y Remo.

Amulio, viéndose burlado en sus propósitos, mandó que Rea fuese encerrada en prisiones y que los dos niños gemelos colocados en una cesta fuesen arrojados al río Tiber, cosa parecida á lo de Moisés. El río iba entonces desbordado. Los servidores del rey colocaron sobre las aguas compasivamente la cesta con los dos niños y vieron desde la orilla como se los llevaba la corriente. Las aguas sos-

tuvieron fuera la cesta y al bajar la inundación, y retirarse el río de su desbordamiento, la cesta quedó parada en seco cerca de la base del Palatino, monte del que bajó una loba que acercándose á los dos niños les dió de mamar.

De este hecho maravilloso hace memoria un bronce del siglo VI que se encontró en el Capitolio: el asunto del amamantar la loba á Rómulo y Remo ha servido de enseñanza al pueblo romano.

Un pastor presenció la interesante escena y se llegó al lugar del arribo de los niños y recogiéndo los puso al cuidado de su mujer aeca Laurentia. Y así crecieron y se hicieron hombres Rómulo y Remo en la casa de estos pastores. Supieron un día su origen y su historia y en venganza atacaron á Amulio, lo destronaron y pusieron como rey á Numitor.

Los dos hermanos, Rómulo y Remo, resolvieron fundar una ciudad en el mismo sitio en donde fueron expuestos en las aguas del Tiber. Pero la ambición puso querrela entre los dos hermanos por disputarse sobre quién había de dar su nombre á la nueva ciudad. Y como los dos eran gemelos y ninguno de los dos podía alegar mejor derecho, por la prioridad del nacimiento, acudieron á consultar á la divinidad.

En estos augurios ó vaticinios se observaba para resolver ó el vuelo y el grito de las aves, ó el relámpago ó el apetito de los pollos sagrados.

Rómulo se estableció en el monte Palatino y Remo en el Aventino para observar el vuelo de los buitres. Remo descubrió primeramente seis buitres, los vió volar; pero no contó con que Rómulo había visto doble número. El pleito degeneró en contienda de dos partidos y contienda sangrienta y Remo perdió la vida en la lucha.

Se cuenta también de otra manera la muerte de Remo. Rómulo, dicen que después de haber hecho sacrificios y de haberse purificado, abrió una fosa y allí echaron un poquito de tierra de su patria los pueblos que concurrieron á la fundación de la ciudad. Y levantando un altar consagrado á sus antepasados y á los dioses protectores, se vistió Rómulo de sacerdote, con la cabeza cubierta y trazó el surco del recinto para las murallas de la nueva ciudad, con un arado de bronce que tiraban una ternera y un toro blancos. Cuando quería señalar el sitio para las puertas levantaba en alto el arado.

Y entonces Remo se burló de su hermano y profanó el cerco sagrado, saltándolo con irreverencia, y por ello Rómulo le golpeó hiriéndole de muerte y diciendo «cosa parecida haré con quien intente imitarte.»

Así con un fratricidio se inicia la historia de Roma. Rómulo da su nombre á la nueva ciudad.

La crítica histórica refiere la fundación de Roma á los hechos de la revolución en Alba, abolidos sus reyes y errante la dinastía silvia. Fueron á retirarse á las orillas

del Tiber y se establecieron en el monte Palatino. El nombre de Roma dicen que significa la fuerza y según otros colina.

La segunda guerra púnica

Se llaman en la historia de Roma, guerras púnicas á una larga serie de guerras que sostuvieron romanos y cartagineses y que dieron por resultado final el que Roma se apoderase de todo el Mediterráneo occidental.

Roma, señora y dominadora, poderosa potencia, vió surgir frente á ella al imperio de Cartago.

Cartago era el único estado independiente que se formó en las costas de África, una república comercial, conquistadora y rica, dominando el estrecho que separa las cuencas del Mediterráneo. Los cartagineses cultivaban bien sus campos y extendían su comercio por el centro de África y cubriendo de factorías el Norte de África, Sicilia y España, hasta Inglaterra y el Senegal.

Parecía que Roma y Cartago no iban á ser rivales, que vivirían en paz: una continental y europea, otra marítima y africana. Roma fuerte por su unidad, presentaba para una situación de envidia y odios la ventaja de la cohesión del pueblo, amante de la ley y abnegado por la patria: Cartago tenía un ejército de mercenarios, con un instinto de individualismo que hacia en todos de menor

interés lo del Estado que la fortuna y el poder de los ciudadanos.

Pronto se rompió el equilibrio y ambas potencias se hicieron la guerra por ambición.

Una primera campaña dió por resultado el que Cartago entregase á Sicilia para provincia romana y se firmó una paz poco duradera.

Sucedió que en Cartago se levantaron en rebelión los soldados de pago porque hacia mucho tiempo que no les satisfacían sus haberes. Entonces se distinguió un general llamado Amílcar Barca que pudo encerrar en el desfiladero de la Itache á los mercenarios y allí los hizo perecer de hambre y á otros los acuchilló en Túnez.

La guerra era enemiga del progreso comercial y las gentes empezaron á recelar de Aníbal por si se quería hacer jefe de un gobierno dinástico, y sobre todo de querer la organización de un ejército nacional, y para alejar estos peligros le enviaron á España. En España, Amílcar constituyó un verdadero reino cartaginés y fundó la ciudad de Cartagena. A Amílcar le sucedió su hijo Aníbal, á los 27 años de edad.

Aníbal había sido educado para la guerra y en el odio á Roma. Su padre le había hecho que lo jurase así ante los altares. Conocía bien la estrategia y era el primero y el más hábil de los soldados de á pie y de á caballo; el primero en el ataque y el último en la retirada,

el más prudente en el peligro. Muchas veces lo vieron en las horas del descanso que dormía sobre la manta de un soldado en tierra, en los puestos de la avanzada: él soportaba el frío y el calor sin rendirse nunca.

Planeó contra Roma. Pensó que para alejar á Roma y librar á Cartago lo más político y hábil era hacer la guerra en Italia, dejando primeramente en paz y en seguridad á España. Y, después de apaciguar lo interior, llegó á la línea del Ebro, que estaba señalada como límite á la posesión de los cartagineses.

Aníbal provocó la ruptura violando los tratados con Roma y asediando la ciudad de Sagunto, odiosa á los españoles y protegida por los romanos.

La heroica ciudad de Sagunto se resistió cuanto pudo, y viendo los saguntinos que se tenían que rendir, prefirieron la destrucción de su ciudad y la muerte. Sagunto fue entregado á las llamas, ardiendo por sus cuatro costados y pereciendo en aquel horroroso incendio todos sus moradores.

Aun no se conocía en Roma este trágico suceso y venía de camino una embajada para Aníbal, que no la quiso recibir. Entonces los embajadores romanos fueron á Cartago pidiendo que les entregasen á Aníbal, que había violado los tratados con Roma. Uno de los embajadores llamado Quinto Fabio, delante de los senadores en Cartago y alzándose una extremidad de su toga,

dijo: «Aquí os traigo la guerra ó la paz, escoged».

Los cartagineses respondieron: «Escoge tu», y Fabio, soltando el vuelo de su toga, contestó: «La guerra».

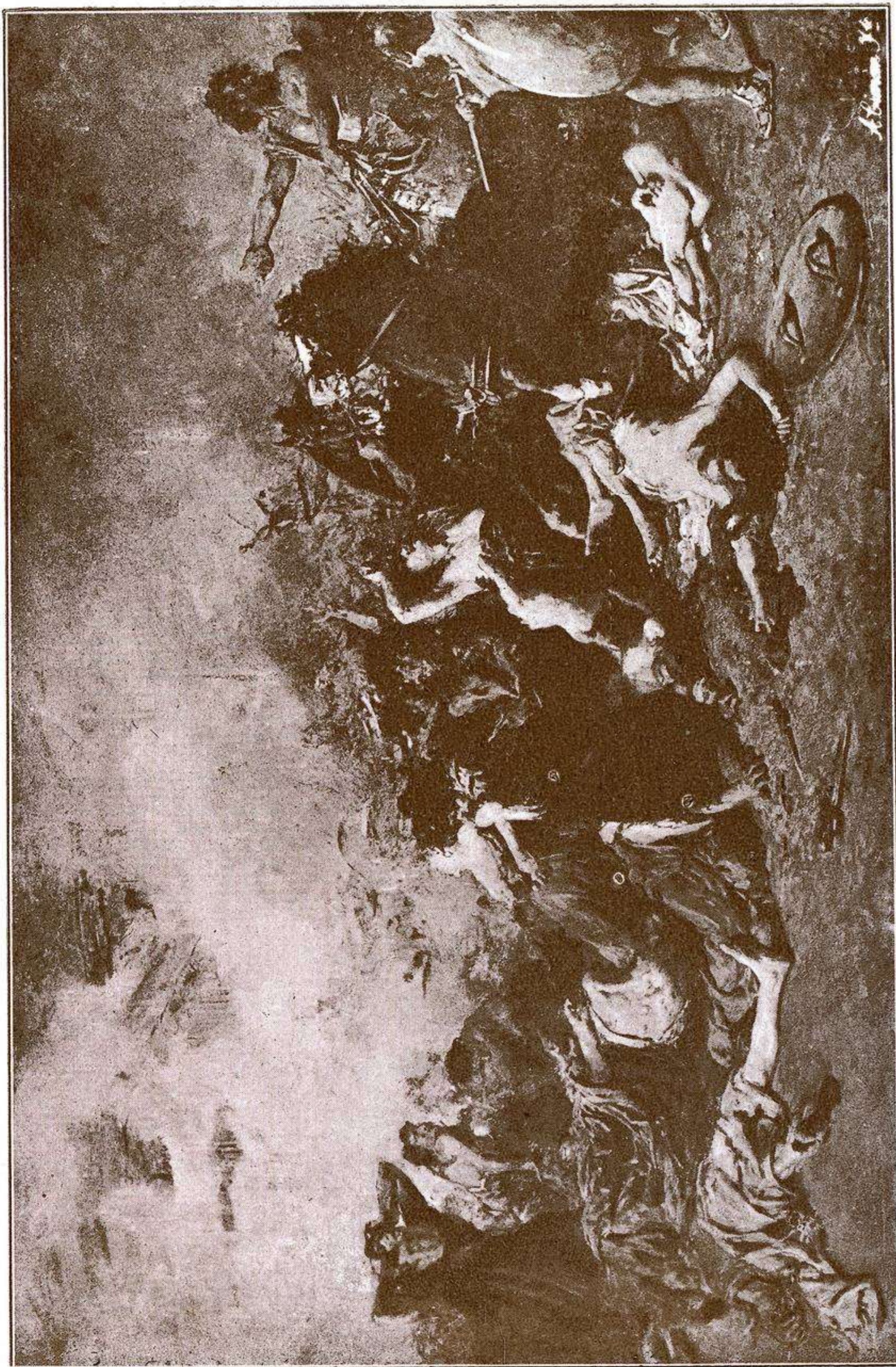
Así se declaró la segunda de las llamadas guerras púnicas, considerada como una de las más importantes en la historia del mundo.

Aníbal hizo creer que tenía la promesa de los dioses, la oferta de la victoria y que tenía señalados los caminos en la figuración de una serpiente. Armó un ejército excelente de tropas expertas de infantes y caballeros y con hábiles arqueros y honderos.

Escogió un ejército de cincuenta mil hombres decididos á todo y emprendió su marcha cruzando con facilidad y por negociaciones el país de los galos, y una vez pasado el Ródano, comenzó á franquear los Alpes cubiertos de nieve. Esta jornada fué dura y en la travesía pereció más de la mitad de su ejército.

Los romanos, sorprendidos, enderezaron su plan á atajar el camino de Aníbal en Italia; pero fueron batidos y vencidos en la batalla de Tesina y de Trebia.

Entonces los galos, aliados de Roma, se pusieron al lado de los cartagineses. Aníbal esperó á la primavera y con el refuerzo recibido pasó á la Etruria. En la marcha por sitios desconocidos y por pantanos del deshielo perdió Aníbal parte de sus tropas y así se encontró con los romanos mandados por el cónsul Flaminio junto al



Cuadro de Marqués.

Último día de Sagunto.

lago Trasimeno y allí ganó nuevo triunfo el cartaginés.

Todos los pueblos aliados de los romanos y las colonias mostráronse deseosos de aprovechar la ocasión para su independencia y el peligro fué tan inminente que el dictador Fabio Máximo puso todo su empeño en la defensa de Roma, cortando los puentes y calmando las inquietudes de las legiones. La opinión se equivocaba censurando la parsimonia y la prudencia de Fabio, á quien llamaban con burla el contempORIZADOR. Aníbal sentía agotarse sus recursos porque se alargaba el tiempo y no lograba un combate decisivo. En Roma crecía el ánimo de batallar, no comprendiendo la táctica de Fabio, y hubo un cónsul, Varrón, que quiso complacer á la multitud y, confiando demasiado en sí mismo, presentó combate á los cartagineses en las llanuras de Cannas.

Aníbal se alegró en su alma; vió llegada la ocasión de vencer. Formó en línea envolvente á sus africanos, á los de Trebia y Trasimeno, á los galos con sus espadas, y á los españoles con sus machetes, todos con escudo y poniendo el pecho al enemigo. Abrió en dos brazos sus ejércitos y dejó que los romanos vinieran de frente contra el núcleo central, y entonces, cerrando las dos alas, allí fueron muertos más de setenta mil combatientes: la caballería africana cargó contra la de los romanos, éstos echaron pie á tierra y fueron arrollados.

Al caer herido de muerte el cónsul, Pablo Emilio, en-

vió á decir á Roma que se prepararan á la defensa de la ciudad porque Aníbal iba sobre ella.

No se realizó este temido asalto á Roma. Aníbal se retiró á Capua buscando refuerzos. Su lugarteniente Maharbal le repetía esta incitación: «Sabes vencer, pero no sabes aprovecharte de la victoria», «déjame ir con mi caballería y dentro de tres días comerás en el Capitolio».

Aníbal no accedió y políticamente acertó porque Roma hubiera resistido el ataque y el ejército cartaginés no estaba en condiciones de una positiva victoria, ni podía reponer fácilmente sus bajas. Además no era esperanza el recibir auxilios de Cartago en donde gobernaban rivales de Aníbal.

Se acercaba su ruina tan cercana á sus triunfos. Roma envió ejércitos á España para impedir el auxilio de Asdrúbal, cuñado de Aníbal. Roma se apoderó de Siracusa, aliada de Cartago, y Aníbal fué desalojado de Capua.

Se trasladó el teatro de la guerra á Cartago, á donde acometieron las legiones romanas. Aníbal huyó de Italia acudiendo á defender á Cartago. Se dió una batalla en Zama y allí Escipión, que mandaba á los romanos, hizo pedir la paz á los cartagineses.

Aníbal poco después moría envenenándose para no caer en manos de los enemigos en Bitinia.

Julio César

En la historia de Roma distínguense los tiempos de los Reyes, de la República y del Imperio.

A los últimos años de la República corresponde una gran figura política y militar, Julio César.

Cayo Julio César era de una familia patricia de la *gens Julia*: de aquellas familias linajudas que tenían su ambición de descender de los dioses y de los héroes. Se decían descendientes de Venus y Anco Marcio.

A la sazón se disputaban el campo de acción política y militar entre los romanos dos grandes partidos, el aristocrático y el popular. Y César, era sobrino por su madre de Mario, cónsul de la democracia, y por este lado se puso al servicio del partido popular.

Añadía á todo su natural amable y pródigo, la plenitud del valor y de la entereza de carácter, condición de mando, inclinado á dominar sobre todos los hombres, con aire imperial hasta en la dignidad de sus modales: de elocuencia insinuante, invencible.

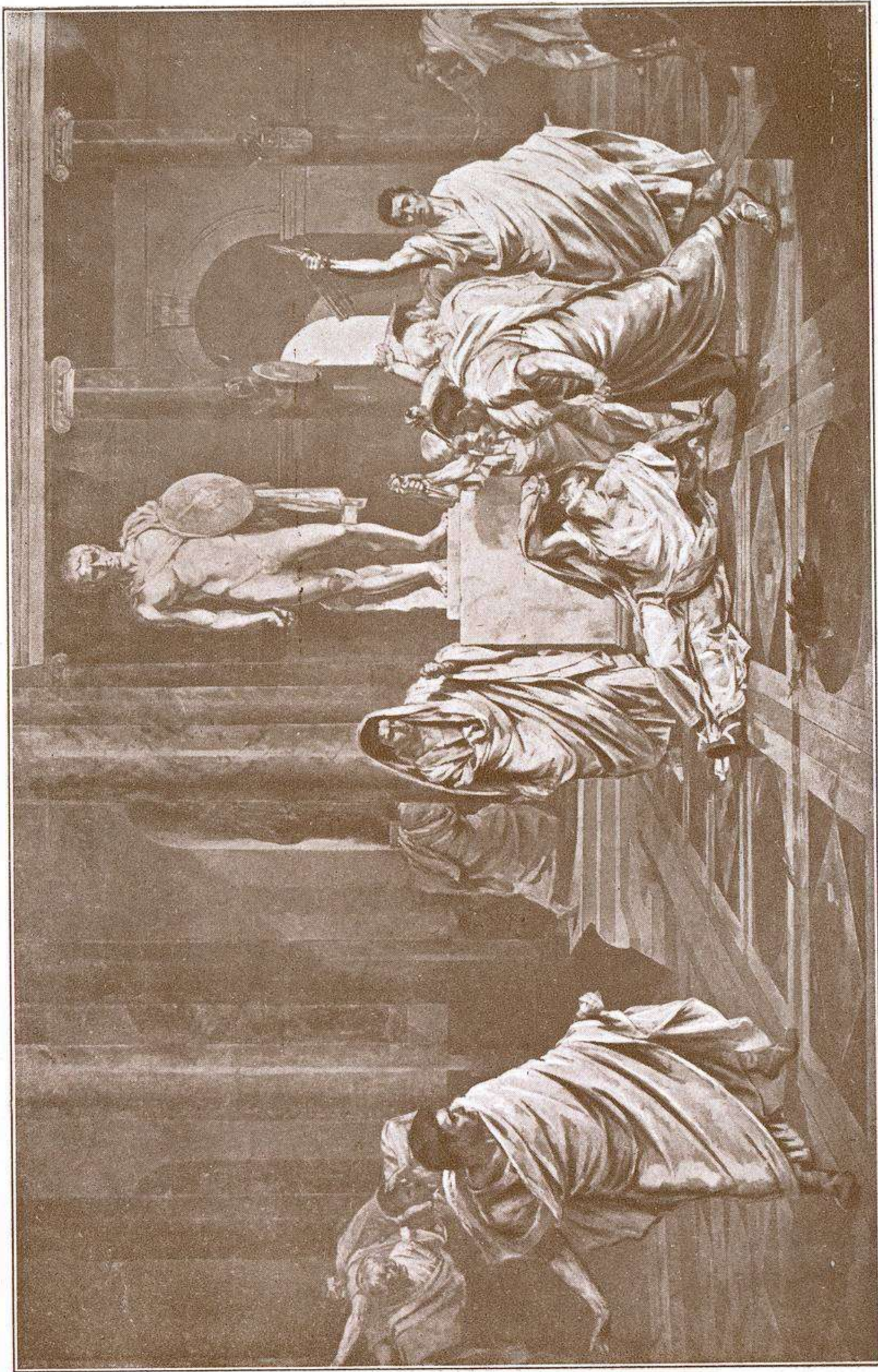
Daba á manos llenas. Se cuenta que habiendo obtenido muy pronto el gobierno de Lusitania, sus acreedores lo retuvieron y fué necesario poner fianza crecida para que alcanzase la libertad. De tal modo comprometía su crédito pidiendo prestado para repartirlo.

Supo captarse las simpatías populares y fué gran pontífice, y cuestor, edil, pretor. Al pasar en uno de sus viajes, cuando iba al gobierno de Lusitania, por un pueblo pequeño pronunció una célebre frase «Quisiera mejor ser aquí el primero que el segundo en Roma».

Pronto formó parte de lo que se llamó el triunvirato, con Pompeyo y Craso; y entonces se hizo muy popular con su ley agraria, repartiendo las tierras entre los que tenían más hijos y estableciendo colonias patrimoniales del pueblo. Su pensamiento era apoderarse de la república. Fué por cinco años Gobernador de las Galias, donde sostuvo guerras que inmortalizaron su nombre militar. Y al terminar esta época y con ejércitos cayó sobre Roma aspirando al consulado único, á la dictadura y empezando aquel día la guerra civil contra Pompeyo.

Había muerto Craso, el otro triunviro, y Julia hija de César casada con Pompeyo: estaban solos frente á frente los dos rivales para escalar el poder supremo. La lucha de los partidos se había tornado en lucha de dos hombres.

Se había declarado por el Senado sacrílego y parricida á quien con legiones pasase el Rubicon, pequeño río de la Romaña. Y César, viniendo de las Galias sobre Roma, al llegar al río vaciló un instante, pero pronto dijo: «Está echada la suerte» y pasó aquella estrecha barrera de agua y la maldición senatorial. La actividad y el empuje de César no daba tiempo á nada: apenas sabido en



La muerte de César.

Cuadro de Villodas.

Roma la noticia del paso del Rubicon y ya avanzaba contra la ciudad. El terror se apoderó de todos y Pompeyo y el Senado huyen.

Pocos días después entraba César en Roma, tratando con dulzura á los vencidos. Necesitó el dinero del tesoro público, y como le pusieran dificultades, mandó romper á hachazos la puerta diciendo que aquel oro era inútil porque se había guardado en previsión de peligros que él había hecho imposibles con sus conquistas.

Vence á Pompeyo en Farsalia quien muere luego en Egipto; somete á España y regresa á Roma en donde es aclamado dictador perpetuo, dueño de Roma y del mundo. Fué un verdadero rey, legisló bien, emprendió grandes obras, hizo justicia y fomentó la riqueza popular. Perdonó á los sometidos y no guardó rencor á nadie.

Pero al fin era un tirano bienhechor, apoyado por el pueblo y con el pretexto de que aspiraba á titularse rey de Roma, promovieron los nobles una conspiración contra César.

No faltaron personas que avisaran á César del peligro en que estaba su vida. Le advirtieron que el jefe de la conspiración era Brutus, á quien César miraba como hijo y le había colmado de favores. Un adivino le había dicho que desconfiase de los idus de Marzo

Se acercó el día fatal. Había César convocado al Senado y su mujer que tuvo un sueño trágico, quiso rete-

nerle y persuadirle que defiriese la asamblea, porque en aquel sueño había visto su muerte á manos de los conspiradores.

Uno de los conjurados le incitó á ir al Senado, haciéndole ver que no podía perder tiempo para ser Rey. En el camino de su casa al Senado le salió al paso un tal Artemidoro y le entregó un memorial denunciándole parte del movimiento de los conjurados contra su vida; pero la multitud se agolpaba al tránsito de César y con sus aclamaciones le impidió leer el memorial.

Los conjurados que esperaban la entrada de César en la asamblea, se inquietaban al ver su tardanza.

De pronto llega en su litera el dictador. En aquel punto se le acercó uno á conversar, y los conjurados, creyendo que era un delator, metieron sus manos bajo el ropaje talar echando mano á los puñales. Pero no era llegado el momento.

Cuando entró César, todos los senadores se pusieron en pie, y luego que él se sentó, se agruparon en torno suyo los conjurados. Se le acercó Tulio Cimber á pedirle un indulto y uniendo todos sus súplicas á las de Tulio, le cogían las manos á César y le besaban en el pecho y en la cabeza. César rechazó estas hipocresías y hasta quiso alejarlos de él á la fuerza; entonces, Tulio Cimber, asiéndole de la toga, le descubrió los hombros y otro Casca que estaba por detrás, sacó un puñal y le hirió.

César, cogiendo por el mango el arma homicida, exclamó: ¡Malvado Casca! ¿qué haces?

Cargaron sobre el dictador muchos golpes y viendo César á Bruto, levantando el puñal, exclamó: ¿Tú también hijo mío? Y cubriéndose con la toga la cabeza, se entregó.

César cayó muerto al pie de la estatua que de Pompeyo tenían en el Senado y la salpicó de su sangre.

Parecía que Pompeyo presidía la venganza, y á sus pies expiraba César.



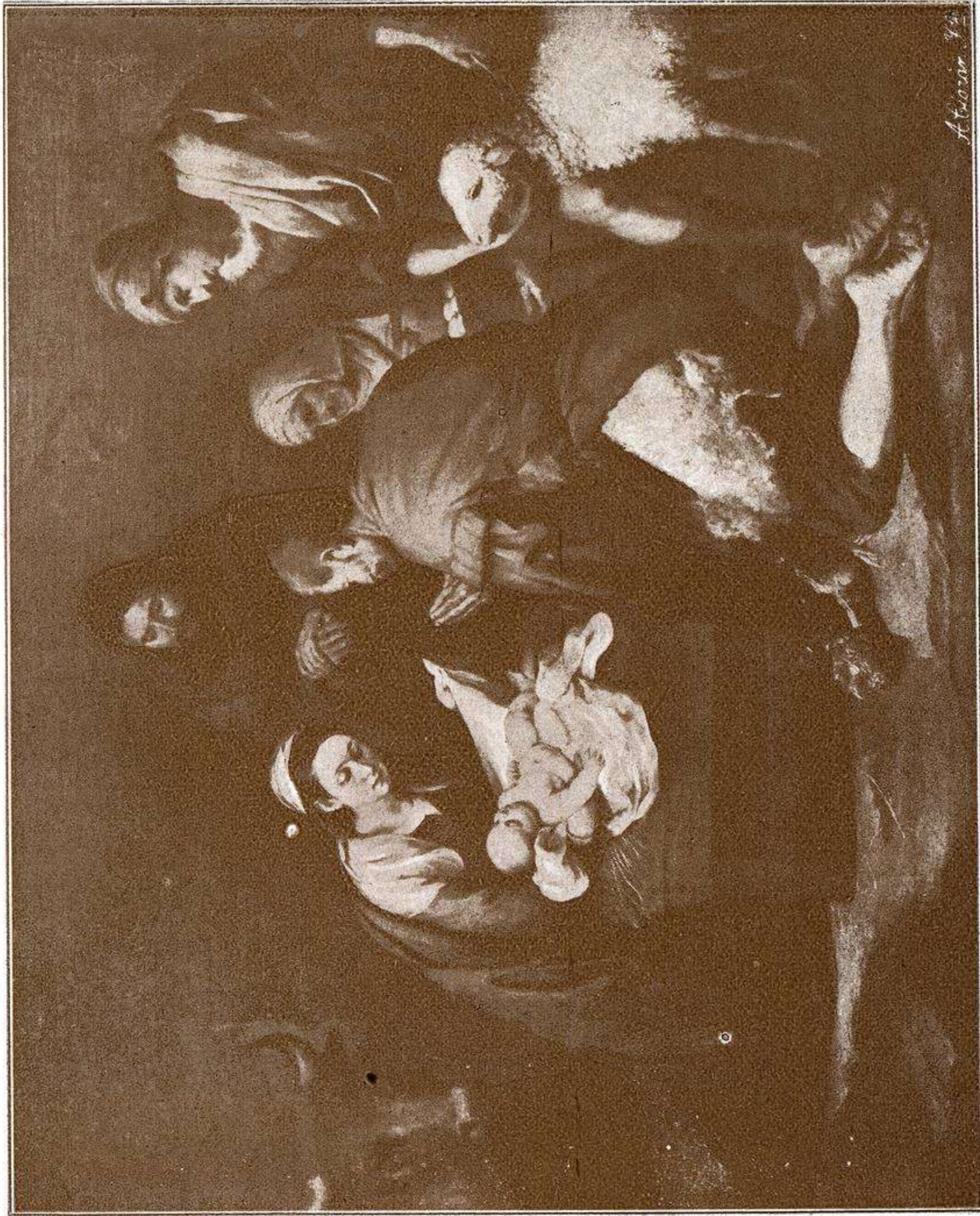
De la historia del cristianismo

Nacimiento de Jesús

Al acabar lo que en el gobierno de la república romana se llamó el segundo triunvirato, Octavio hizo imperar un gobierno personal. No quiso titularse dictador, conservó todas las magistraturas y únicamente quiso nominarse Augusto, que así se designaban los lugares sagrados en Roma.

Augusto asumía en sus manos todas las dignidades y todos los poderes: era *imperator*, victorioso general sobre los ejércitos, *tribuno*, inviolable, *ensor* ó prefecto de las costumbres, *gran pontífice* en lo religioso y *princeps* ó dueño del Senado.

Vivían los romanos en orden y en paz y desenvolviéndose prósperamente en todas las manifestaciones de



La adoración de los pastores.

Cuadro de Murillo.

la cultura y de la riqueza. Roma había conquistado al mundo y todos los pueblos sometidos á su ley y á su lengua.

En aquellos días de Augusto, por los años de 754, de la fundación de Roma, nació Jesús en Belén. Entre la Europa y el Asia, entre los antiguos imperios de Egipto, la Siria, la Grecia, en un país cerrado por montañas y por los arenales del desierto vivía un pueblo escogido por Dios que conservó la idea del único Dios, que no adoró á divinidades falsas; los judíos siempre conservaron su fé en las promesas y en las profecías. De este pueblo nació Jesús, de María Virgen, cumpliéndose lo anunciado y prefigurado por los profetas.

Los ángeles anunciaron á unos pastores el nacimiento de Jesús. Después recibió las adoraciones de unos Magos de Oriente que le ofrecieron incienso, oro y mirra.

Aun cuando no estaban sujetos Jesús y su Madre á la ley judaica, se sometieron á todos sus preceptos, prácticas y ceremonias.

María presentó á su hijo en el templo con las ofrendas de ritual. Y el anciano Simeón reclinó en sus brazos á Jesús con aquellas magníficas exclamaciones del *Nunc dimittis*, que ya moría en paz, habiendo visto sus ojos la luz.

Se sabe como la sagrada familia tuvo que huir á

Egipto, evitando el decreto de Herodes de degollar á todos los niños. Y al volver de este destierro á Judea habitaron en Nazaret. Unicamente se lee en el Evangelio que siendo Jesús de doce años fué á Jerusalén con sus padres á las fiestas de la Pascua y que á la vuelta lo echaron de menos y buscándolo lo encontraron á los tres días de angustiosas zozobras en el templo con los doctores.

La vida de Jesús hasta los treinta años fué oculta. Después empezó la predicación de su doctrina.

Antes, Juan el Bautista, como su precursor, empezó á predicar penitencias y á bautizar á los hombres, viviendo, para ejemplo de todos, vida de pureza y austeridad. Jesús fué al Jordán para que Juan le bautizase.

Después de ser recibido en triunfo en Jerusalem, conciertan los fariseos su muerte y uno de sus discípulos Judas, le entrega á sus compañeros y es crucificado y muerto.

Los apóstoles

Jesús eligió para la publicación de su doctrina por el mundo y para la fundación de su Iglesia, á unos pobres pescadores ignorantes que recibieron de Él el verbo de su evangelio y su espíritu.

Fueron estos apóstoles, Simón, llamado Pedro, Andrés

su hermano, Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Tadeo, Simón Cananeo y Judas Iscariote.

Les dió potestad y los aconsejaba que no poseyesen plata ni oro, ni dinero, ni túnicas duplicadas, ni zapatos.

Y les envió á predicar con su autoridad y su ejemplo la buena nueva por el mundo.

Para sustituir al traidor Judas fué elegido apóstol San Matías y más tarde San Pablo.

Al lado de los apóstoles cooperaban á la predicación los diáconos, y entre estos, el primero que recibió el martirio, fué San Esteban. Durante la ejecución de este martirio custodiaba las tropas de los verdugos un joven llamado Saulo. Este era judío de nación, natural de Tarso, de la tribu de Benjamín y ciudadano romano. Fué enviado por sus padres á Jerusalén y allí perteneció á los fariseos. Fué un celoso perseguidor de los cristianos y su nombre se hizo temeroso. Un día caminaba Saulo mandando á sus sectarios hacia Damasco; una luz del cielo le hizo caer del caballo y escuchó una voz que le decía «Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Saulo preguntó ¿quién sois? Y oyó de nuevo la voz que le respondía «Soy Jesús Nazareno; cosa dura es para tí dar coces contra el aguijón.» Convertido á Jesús, escucha su mandato, pero al levantarse para echar á andar estaba ciego y tuvo que ser llevado á la ciudad de Damasco

por sus compañeros de viaje. En Damasco fué bautizado y recobró prodigiosamente la vista: San Pablo el apóstol de las gentes, el apóstol de las naciones.

Por su condición de ciudadano romano fué protegido muchas veces contra los judíos. Recorrió la Grecia y la Macedonia, predicó en Salónica y en Atenas y en Corinto, En Roma fué decapitado, reinando Nerón.

En Atenas predicó en el areópago, valiéndole de tema una inscripción «Ignoto Deo».

En Jerusalén, acusándole de violador de la ley, quisieron matarle. Fué atado y azotado: él alegó su ciudadanía romana y fué libertado.

Es tradición constante de la Iglesia y aun por testimonios fehacientes que San Pablo estuvo en España. En dos ocasiones habla él en sus epístolas de sus propósitos de venir á nuestra patria. La iglesia de Tarragona le reconoce como su fundador y aun señala la tradición popular una piedra sobre la que San Pablo se subía para predicar, supliendo así su poca estatura.

San Pedro fundó muchas iglesias. Fijó su silla en Antioquia. Allí el evangelio se había extendido prodigiosamente y aquella ciudad fué la primera en la que se llamaron cristianos los discípulos de Jesucristo. Fué San Pedro á Roma para combatir la idolatría, después de haber predicado en Ponto, la Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia.

También sufrió el martirio, siendo crucificado con la cabeza hacia abajo.

Uno de los discípulos de San Pedro fué el evangelista San Marcos.

Los otros apóstoles se dejaron oír por toda la tierra y llevaron por todo el mundo la doctrina de Jesucristo.

Santiago el menor ejerció su apostolado en Jerusalén. No bebió jamás vino ni comió otra cosa que vegetales; su vestido era pobre y caminaba siempre descalzo. Se ponía postrado en tierra para la oración y pasaba tantas horas así que la piel de su frente y de sus rodillas se endureció como la piel del camello.

Los escribas y fariseos le precipitaron desde lo alto del templo á una plaza. Al caer con vida, puesto de rodillas, oró por sus enemigos hasta la hora de su muerte.

San Simón predicó en Egipto y San Judas Tadeo, hermano de Santiago el menor, en Mesopotamia. Los dos fueron martirizados.

Santo Tomás evangelizó á los partos, medas, persas, indios. Fué martirizado en Calamina.

De San Mateo, que predicó á los etíopes y á los persas, se sabe que hizo una vida austera. Escribió su evangelio en hebreo.

San Andrés fué á los escitas; San Felipe á Asia; San Bartolomé á la América, y San Mateo á Etiopía.

El discípulo amado, San Juan, ya es sabido como en

las agonías del Redentor, recibió el mandato de que tuviera por Madre á la Virgen María. Creen los historiadores que San Juan estuvo siempre al lado de la Virgen.

En el Asia menor y especialmente en la ciudad de Efeso ejerció su apostolado. En la persecución del emperador Domiciano fué preso y llevado á Roma.

Allí le sumergieron en aceite hirviendo y no recibió daño alguno; desterrado á la isla de Pathmos en el mar Egeo, volvió á Efeso en donde murió.

Santiago el Mayor

Era Santiago el Mayor, hermano de San Juan, uno de los discípulos privilegiados de Jesús. Fué el primero que derramó su sangre por la fé. Habiendo predicado en Judea, fué muerto en Jerusalén por orden de Herodes Agripá.

Se refiere que quien fué á detenerle y llevarlo ante el juez viendo la firmeza con que el apóstol confesaba su doctrina, se convirtió al cristianismo. Y sucedió que también fué condenado al suplicio juntamente con Santiago. Y cuando los dos caminaban al martirio aquel hombre piadoso pidió perdón al apóstol. Santiago se detuvo y dándole un ósculo, le dijo: «La paz sea contigo».

Son de tiempo inmemorial y universales la ciencia y la tradición de que Santiago predicó en España. Y dilu-

ciudad cumplidamente está cuanto se relaciona con la venida del apóstol por la Iglesia con continuas decisiones de los Pontífices; como también la veneranda memoria, alma del pueblo español de la aparición de la Virgen, cuando aún vivía Santiago á las orillas del Ebro, en Zaragoza, entregándole la columnita y la imagen, que son el relicario mariano de España, la Virgen del Pilar.

Tiene tanto interés cuanto se refiere á Santiago en España, á su predicación en Galicia, á su santo sepulcro, al descubrimiento de sus santas cenizas que este capítulo debo extenderlo para delectación de mis lectores, invitándoles á la vez á que visiten la monumental ciudad de Santiago de Compostela, que guarda todo el tesoro de la catequesis cristiana en España.

Siendo obispo de la antigua ciudad romana Iria Flavia, Teodomiro, por los primeros años del siglo IX, se le presentó un día Pelagio, un santo eremita que decía misa á los moradores de San Fiz, y le refirió maravillosos sucesos. Que en lo más espeso del bosque, en el monte inmediato llamado Libredon, se oían todas las noches unos cantos celestiales y se veían luminarias que iban á posarse en lo más alto de la copa del roble más corpulento.

Con estas noticias, el obispo con algunos presbíteros y muchos fieles se pusieron en camino para el monte de Libredon, y llegados al castillo de Solobio, que estaba en

sitio muy elevado, observaron al venir la media noche las luces y las estrellas sobre la copa del roble más corpulento. Cuando fué de día, se encaminaron el obispo y su séquito hacia el sitio del roble maravillosamente iluminado, y abriéndose paso por aquellas espesuras y matorrales dieron con una cueva. Estaba labrada y sostenida por dos arcos; había en el centro un ara de altar y debajo, al modo de las catacumbas, un sepulcro cubierto con una piedra y á los lados otros dos sepulcros en igual forma.

El obispo y el pueblo se pusieron en oración y ayunaron todo el día y así preparados abrieron los sepulcros. ¡Qué intensa emoción recibieron al ver que contenía el sepulcro del centro el cuerpo del apóstol Santiago! La cabeza separada del tronco, el bordón ó báculo y una cartela: «aquí está Santiago, hijo de Zebedeo y de Salomé, hermano de Juan, á quien mató Herodes en Jerusalén, vino por mar hasta Iria Flavia, en Galicia, y llegó aquí en un carro de bueyes de Lupa, señora de este campo y desde donde no quisieron pasar más adelante».

Los otros dos sepulcros eran de dos de los discípulos ó varones apostólicos, que con Santiago vinieron á España y predicaron el Evangelio: Teodoro y Atanasio, que permanecían en el monte Libredon custodiando los restos del Maestro y que dispusieron, para cuando les llegase la

muerte, ser enterrados uno á la derecha y otro á la izquierda de Santiago.

El rey Alfonso II se enteró de todo por el obispo Teodomiro, y desde Oviedo se trasladó al lugar de la invención del sepulcro del santo Apóstol y en celebración de tan singular hallazgo mandó edificar, cobijando el sepulcro de Santiago, una pequeña iglesia, y á la vez un oratorio ó ábside dedicado á Juan Bautista. Y luego se instaló allí una comunidad de monjes benedictinos. Y entorno á tan sagrados aposentos y del monasterio, que por estar contiguo á la iglesia y oratorio de Alfonso II se llamó de Antealtares, como aún se llama, surgió la ciudad de Compostela, el campo luminoso, nuestra ingente ciudad de Santiago, centro de la fe de roca de los españoles.

El día 6 de Mayo del 899 fué de gran solemnidad en la ciudad compostelana; el rey Alfonso III y la reina y sus hijos, con los obispos de Iría, Anca, León, Coria, Coimbra, Lamego, Viseo, Oporto, Braga, Túy, Orense, Lugo, Britonia y Zaragoza, con los condes de las ciudades y villas y el pueblo fiel se congregaron allí para la consagración de la nueva basílica apostólica, levantada en el lugar de la primitiva de Alfonso II.

Un siglo después Almanzor llegó á las puertas de Santiago y destruyó la ciudad. Dicen las crónicas que Almanzor al entrar en Santiago no encontró más que á

un viejo monje custodiando el sepulcro. Yo doy culto á Yakob, dijo el monje á Almanzor y este lo respeto y también el sepulcro del apóstol.

Es muy curiosa la descripción de la ciudad hecha por los mismos escritores árabes, ponderando lo maravilloso de sus monumentos y el entusiasmo de los peregrinos que desde lo más remoto del mundo acudían á Santiago.

Cuando Almanzor llegó á Córdoba cuatro mil cautivos cristianos de Galicia eran portadores de las magníficas puertas de la basílica compostelana y de las campanas menores que sirvieron en la Mezquita para lámparas. San Fernando después de apoderarse de Córdoba devolvió todo eso á la iglesia de Santiago.

Al retirarse los árabes de Galicia, se repararon los daños en lo posible. Y andando el tiempo, y no siendo capaz la edificación anterior, se erigió la nueva Catedral, la hermosa iglesia románica, que hoy conservamos como joya arquitectónica románica. En ella se coronó con ostentación nunca vista Alfonso VII, bajo el pontificado glorioso de Gelmirez, á quien tanto debe la histórica y la gran ciudad de Compostela.

Muchedumbres de peregrinos siguieron acudiendo á Compostela, siendo comparada á los Santos Lugares y á las tumbas de San Pedro y San Pablo en Roma.

Pasaron los años y los siglos y nuevos trastornos en

la historia de España hicieron que los restos del apóstol y sus dos discípulos se ocultasen para evitar profanaciones en las guerras y se llegó á olvidar el sitio en donde se encontraban. Y en época reciente, siendo Papa León XIII y arzobispo el cardenal Payá, felizmente fueron de nuevo halladas las venerandas reliquias.

Después de muchas exploraciones se dió con un pasadizo, debajo del ábside de la Catedral y cabalmente coincidiendo con una de las estaciones en las que el Cabildo, en la procesión dominical, se detiene para una antífona del santo Apóstol.

Con todas las exigencias de comprobación, el Papa declaró la autenticidad de los restos del apóstol y de sus discípulos que hoy se veneran en la cripta de la apostólica iglesia de Compostela, debajo del altar mayor.

Constantino y la paz

á la iglesia :: :: ::

Los cristianos que con su fé y sus obras eran la condenación de la vida pagana, sufrieron persecuciones. Se cuentan diez como más importantes, siendo la primera en tiempo de Nerón, que los acusó de haber incendiado á Roma; los hizo quemar vivos y los arrojaba á las fieras. En tiempo de Domiciano ya fueron perseguidos por razón de impiedad. Otros emperadores como Trajano y Marco

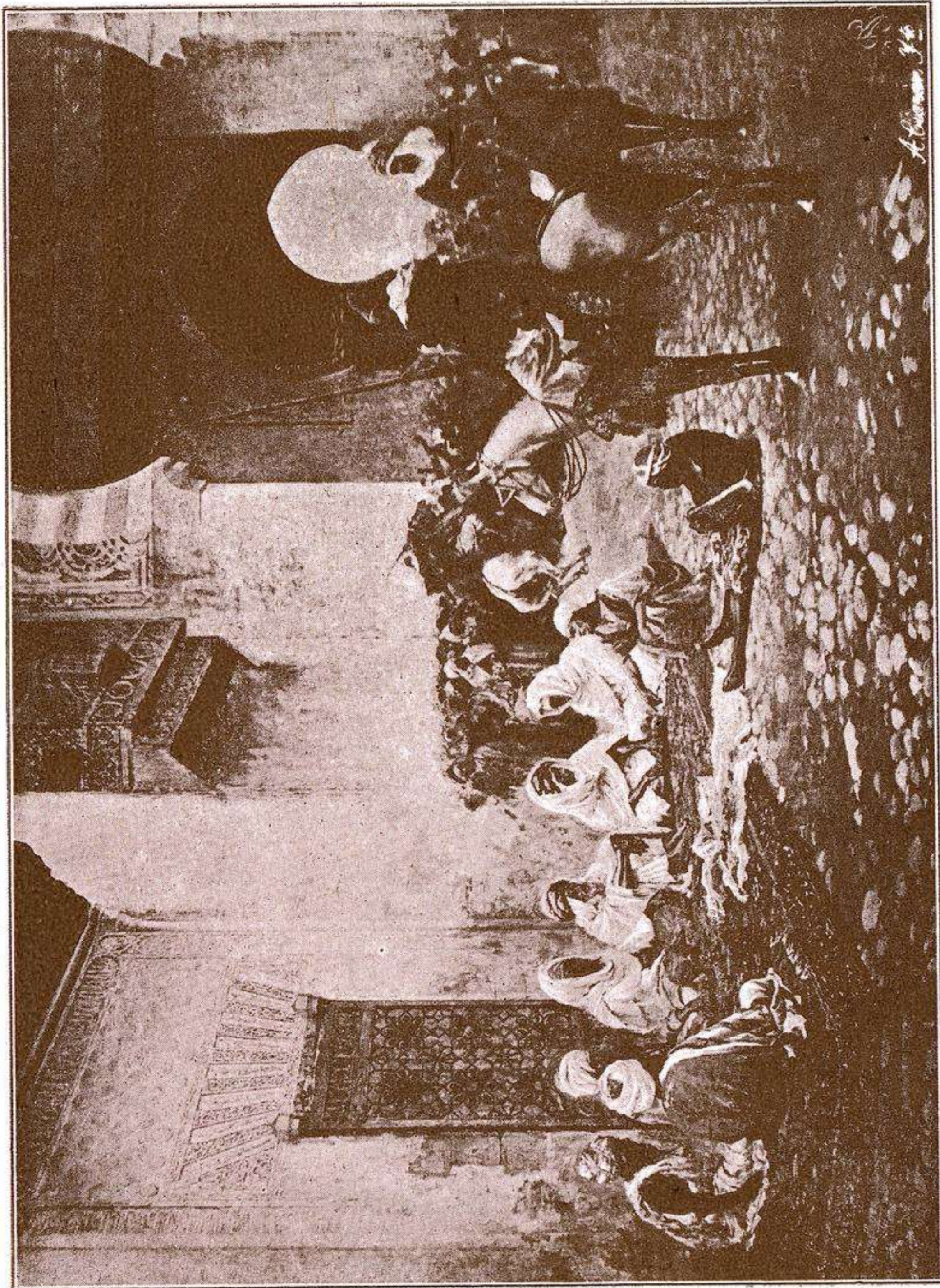
Aurelio no juzgaban de cosas de conciencia: decretaban sus persecuciones á los cristianos por razones de ley romana.

Los cristianos eran decapitados si se trataba de ciudadanos romanos; los demás eran arrojados al circo, ó quemados ó crucificados ó atormentados bárbaramente. Los ciudadanos eran sentados en sillas de hierro puestas al rojo: las vírgenes desgarradas por las fieras. Y morían confesando la fe, mártires, es decir testigos de la divinidad de Cristo.

Las persecuciones acrecentaron el número de cristianos. A poco más de siglo y medio pudo decir Tertuliano: «Somos de ayer y lo llenamos todo».

El emperador Constantino reconoció que los cristianos eran ya una fuerza social y quiso reconocerles existencia oficial. Les devolvió todos los derechos y les permitió ejercer públicamente su culto. Publicó el edicto de Milán, dando la paz á la Iglesia, consagrando el principio de la tolerancia religiosa.

Hijo de una madre cristiana, sintió siempre inclinación de benevolencia. Mas habiendo utilizado á los cristianos en sus contiendas con el otro emperador (que á la sazón gobernaban dos Augustos) Magencio, con su auxilio logró el triunfo en la batalla librada cerca de Roma y que se llamó del Puente Milvines. En esa batalla se apareció á Constantino en el cielo una cruz con estas palabras: «Con



Cuadro de Moragas.

Un tribunal árabe

este signo vencerás». Esta leyenda reprodújola en su estandarte que se llamó *Lábaro*, estandarte con cruz.

Se convirtió en los últimos días de su vida y en su lecho de muerte fué bautizado.

El concilio de Nicea

En sus días fué convocado el concilio de Nicea para atajar las herejías ú opiniones diversas sobre cosas de la fe, esenciales. Y en ese concilio los Padres de la Iglesia formularon el símbolo ó credo de nuestra fe cristiana.

La ciudad de Nicea fué la elegida por estar cerca de Nicomedia, residencia del Emperador. A expensas del tesoro imperial se hicieron todos los gastos de este concilio de la iglesia universal. En número de trescientos diez y ocho acudieron los obispos del mundo y á mayores los presbíteros y diáconos que concurrieron también.

El obispo de Córdoba, Osio, presidió en nombre del Papa San Silvestre. Muchos de los obispos iban al concilio con las señales de haber sufrido tormentos en las persecuciones de los emperadores.

Entre ellos se cita al obispo de la Tebaida alta, á quien le faltaba un ojo que le habían arrancado en el tormento; y Constantino con frecuencia, por devoción, le besaba en la herida aún reciente.

Constantino después de convocado el concilio dejó en libertad á los obispos para tratar de las cuestiones religiosas.

Y luego dió su sanción de obligar á las conclusiones de tan venerable y santa asamblea y condenó al destierro al heresiarca Arnó, cuya doctrina anatematizó el concilio de Nicea.

La Santa Cruz

La madre del emperador Constantino, Elena, se convirtió fervorosamente al cristianismo. La devoción le hizo ir pronto á los santos lugares de Jerusalén, donde su hijo había hecho edificar un templo para el Santo Sepulcro.

Ya en Jerusalén, la anciana madre de Constantino quiso descubrir el paradero de la Santa Cruz. Los judíos habían procurado borrar todas las huellas de veneración para los cristianos; amontonaron tierra para ocultar el sepulcro de Cristo y para mayor alejamiento allí levantaron un templo á Venus.

Consultó con los ancianos de Jerusalén y la emperatriz hizo demoler el templo á Venus y se realizaron excavaciones hasta encontrar la gruta del Santo Sepulcro. Allí cerca y según la costumbre de los judíos, habían enterrado también las tres cruces, los clavos de la pasión y la inscripción que colocaron sobre la cruz del Salvador.

Por consejo del obispo de Jerusalén, para poder averiguar cuál de las tres cruces encontradas era la de Jesucristo, Elena mandó llevar las tres á la casa de un enfermo incurable y suplicando á Dios la hiciese conocer la cruz del Redentor. Toda la ciudad seguía con espíritu de ansiedad la observación que se estaba practicando. Y sucedió que dos de las cruces fueron aplicadas al enfermo sin resultado, y al poner á su lado la tercera, se levantó sano, perfectamente curado.

También se hizo la misma prueba con un muerto y resucitó.

Entonces transportada de santo júbilo la emperatriz Elena tomó un pedazo de la madera de la Santa Cruz para llevarla á su hijo y lo restante, encerrado en caja de plata, lo entregó al obispo de Jerusalén para depositarla en el templo del Santo Sepulcro.



De la Historia de los árabes

La Arabia y los árabes

La Arabia, territorio del Asia, es una maciza península de tres millones de kilómetros, de los que cinco sextas partes son desiertos y agrupándose por ello la población á las costas, en las regiones denominadas el Yemen y el Hedjar, en donde están las célebres é históricas ciudades de la Meca y Medina.

Se llaman los árabes descendientes de Ismael, hijo de Abraham y de Agar; emparentados con los hebreos y de raza blanca, perteneciendo á la rama semítica.

Procedían los árabes orientales de la Arabia propiamente dicha, del Mar Rojo; de poca estatura, bien formados, robustos y majestad en sus ademanes.

Oriundos de la Mauritania, los árabes africanos que cuidaban rebaños, con la cabeza rapada y barba. Las mu-

jeros llevan larga cabellera, pintadas las manos hasta las extremidades de los dedos y los pies, con color dorado. Todos usando turbante.

Y los árabes nómadas, los beduinos, de vida errante, con ojos negros de viveza de fuego. De piel tostada, de ágiles movimientos, ejercitados en montar á caballo y en soltar el arco, son altaneros, independientes. A veces forman sus campamentos, de muchas tiendas, haciendo un alto en un camino donde encuentran manantiales y pastos.

El árabe es supersticioso, sanguinario y generoso, muy dado á los relatos de aventuras y á los cuentos que escucha absorto noches enteras: es para él algo religioso y familiar la venganza, que se transmite como herencia. El más pequeño agravio da origen á duras represalias; un caballo, un pozo, los pastos, cualquier cosa, provoca una guerra de tribus.

Al mismo tiempo son hospitalarios, agradecidos y sumisos entre ellos unos á otros, según su jerarquía familiar y social.

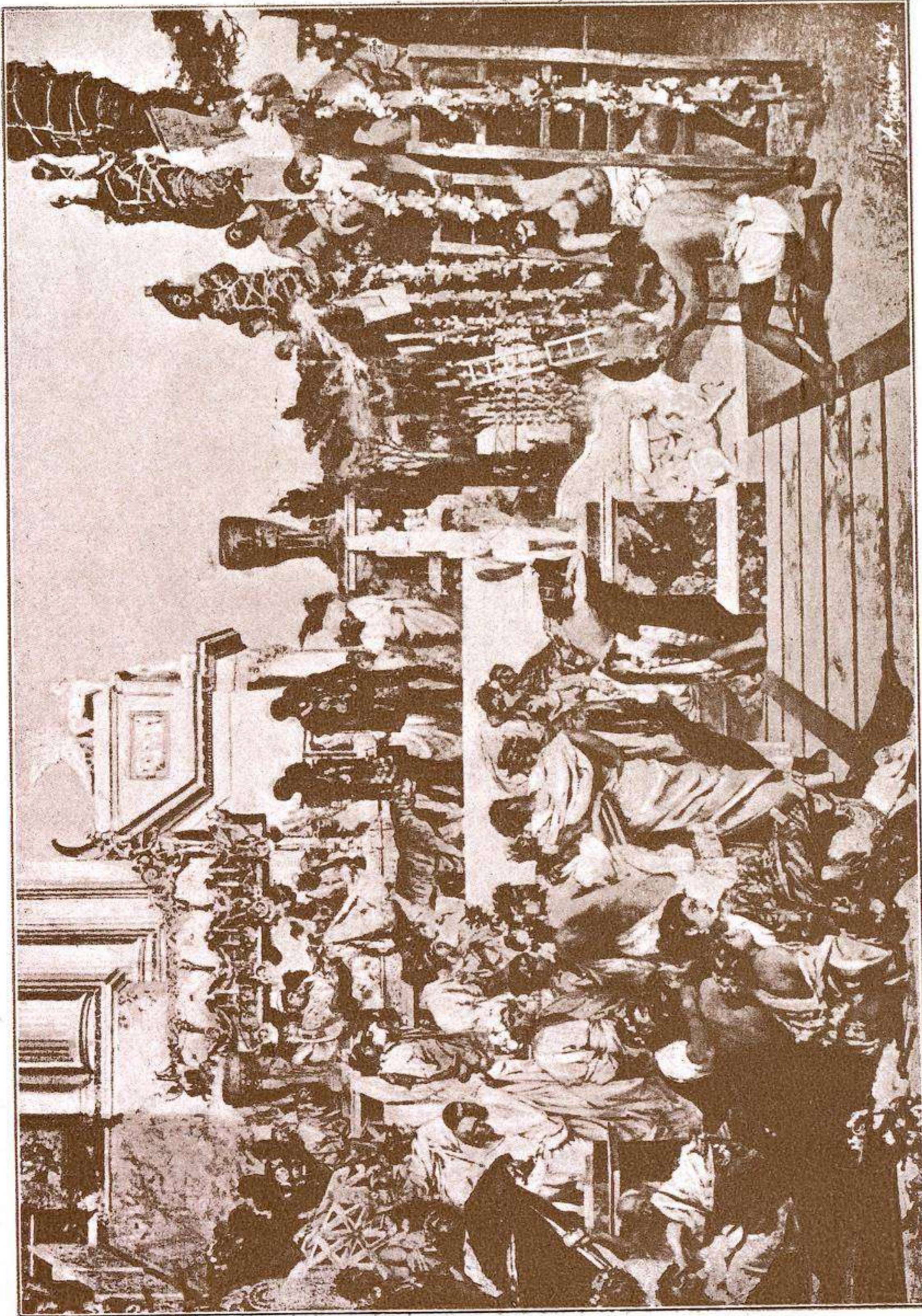
Tuvieron un poeta nacional, Antar, y sus relatos corren aun de boca en boca. Antar había sido un esclavo negro que por sus hazañas ganó la libertad. Canta su propia vida aventurera. Los árabes agrupados por la tarde, sentados en el suelo rodeando al recitador de los versos de Antar, estiran el cuello, ponen todo oído y fijan sus ojos de fuego mientras oyen las dulzuras de la poesía, levan-

tándose por encima de sus cabezas una nube de humo de sus pipas, que forma un ambiente fantástico de sueños; y los caballos metiendo sus cabezas por entre ellos parece que asisten también atentos á la monótona relación poética.

Para nominarse los árabes usan de ordinario el nombre del padre, anteponiéndole la palabra *ben* ó *eben*, que á veces los europeos cambian por *aven*; así Ben-abdelmelic (hijo de Abdelmelic). Otras veces derivan el nombre de su descendencia; así Aboull-Bekr (padre de la Virgen).

No formaban un Estado: eran tribus independientes. Entre todos existía un vínculo, el santuario común, la *Kaaba*. Se eleva en una garganta del monte Hedjaz. Es un templo cúbico en medio de una plaza grande rodeada de pórticos. Contiene una fuente y una piedra negra. Según la tradición la fuente la hizo brotar el ángel Gabriel para apagar la sed de Ismael y Agar perdidos en el desierto. La piedra negra, que antes fué blanca, y que se empañó por la perversión de los hombres, simbolizaba el núcleo primitivo de la tierra, un rubí brillante que al caer del cielo iluminó toda la Arabia.

Todos los años iban las peregrinaciones á la Kaaba, en donde se adoraba al Dios de Abraham y juntamente los ídolos de cada tribu: los peregrinos daban siete veces la vuelta á la piedra negra y la besaban en memoria de las siete montañas cercanas. Y la ceremonia acababa con los sacrificios de camellos y carneros.



Las antorchas de Nerón.—Martirio de los cristianos.

Hacia el siglo V se edificaron alrededor de la Kaaba muchas casas que constituyeron luego la ciudad de la Meca.

Judíos procedentes de Palestina se habían establecido allí mismo en el Hedjaz y muchos árabes al contacto con ellos se convirtieron al judaísmo. Había también cristianos.

Se refiere el siguiente interesante caso. Al-Numa, rey de Mira hallándose un día ébrio, sin saber lo que hacía, dió órdenes para que fueran enterrados en vida dos amigos suyos. Pasado aquel exceso comprendió el mal realizado y dedicó un monumento en recuerdo de sus amigos, y por aquella impresión estableció los días nefastos y los felices. Y decidió como regla de conducta que cuando una persona compareciese ante él, en día nefasto, fuese condenada á muerte y sacrificada ante la tumba de aquellos desgraciados amigos víctimas suyas; y si la comparecencia fuese en día feliz lo colmaría de gracias y regalos.

Un árabe, de la tribu de Taiy, que en una ocasión encontró al rey de Mira, habiéndole salvado, pues se había perdido en un monte en día de caza, tuvo que comparecer ahora ante el rey y coincidió en día nefasto. Entonces el rey luchaba entre el cumplimiento de su palabra y los deberes de la hospitalidad y considerando que le ligaba más su palabra que nada en el mundo, condenó al árabe á muerte para el siguiente año, dejándole entonces marchar muy obsequiado, pero con el juramento de volver para sufrir la pena.

Un cortesano garantizó su vuelta. Se llegaba el fin del plazo y el rey, creyendo que no comparecería aquel árabe, se alegraba porque no se vería en el trance de dar muerte á quien lo salvó el día de la caza, cuando estaba perdido en el campo. Pero antes de acabar el año el árabe se presentó á sufrir la muerte.

Admirado el rey le preguntó cómo no había procurado libertar su vida. Y el árabe le contestó: que por prohibírsele su religión, que seguía la ley de Cristo.

El rey, al ver esto, quiso conocer la doctrina de Cristo y se hizo bautizar con todos sus súbditos.

Mahoma

Una de las familias árabes principales, entre los de la tribu llamada de los Koreiscitas, encargada de la custodia de la Kaaba, era la de los Haschemitas. En la ciudad de la Meca, en donde habitaban, hubo unos años de escasez y carestía y ellos emplearon sus cuantiosas ganancias en el comercio para mantener á los necesitados.

Vivió el fundador de los Haschemitas ciento veinte años y tuvo seis hijas y doce hijos: entre ellos su predilecto Abdallab. Cuentan que Abdallab, que estaba ofrecido como víctima á los dioses, logró rescatar su vida por cien camellos.

Abdallab era callado, arrogante, y cuando se casó con

Amina, de la familia de los Zaritas, dicen que murieron de celos doscientas doncellas.

De Abdallab y Amina nació un hijo. Y el abuelo quiso ponerle un nombre especial y lo llamaron Mahoma, el glorificado.

A los dos meses de su nacimiento murió su padre y poco más tarde su madre. La herencia que le quedó á Mahoma en su orfandad fueron cinco camellos y una esclava negra.

Lo dedicaron sus tutores al comercio; muy pronto se reveló gran talento.

Aconteció un día que una mujer de las que quemaban perfumes en la Kaaba produjo involuntariamente un incendio que destruyó el templo. Los de la tribu de los Koreiscitas determinaron reconstruir la Kaaba sobre el mismo plano, aun cuando ensanchándolo por el mayor número de peregrinos. Cuando ya estaban levantadas las paredes á la altura conveniente, se trató de colocar la piedra negra. Y se suscitó una ruda contienda, no poniéndose nadie de acuerdo sobre á qué tribu había de corresponder la colocación de la piedra venerada. Se iban acalorando los ánimos y la disputa iba degenerando en refriega, cuando los ancianos dieron un consejo: que suspendiesen la disputa y que para determinar quiénes habían de hacerlo se tuviera en cuenta al primer árabe que llegase al umbral de la Kaaba.

El primero que llegó fué Mahoma. Y Mahoma decidió que la piedra negra se colocase sobre una alfombra y que de las puntas de ella sostuviesen el peso miembros de cada tribu, llevándola hasta el sitio y altura de su colocación definitiva. Así se hizo y al llegar al punto designado Mahoma recogió de la alfombra la piedra y la puso por su mano.

Este hecho le ganó aún más la consideración de todos, por su talento y prudencia y habilidad. Su figura acrecentaba más los respetos del pueblo; era de porte respetuoso, con barba larga, ojos vivos, fisonomía muy expresiva y palabra atrayente. Sus modales suaves y cultos, su imaginación rica y su memoria feliz.

Era pobre y entró al servicio de Kadija, una viuda opulenta, que después, por admiración á su fidelidad y buen servicio, se casó con él.

Vino luego un período de su vida en que apenas se sabe nada de Mahoma. Inclinado á las discusiones y meditaciones religiosas, se retiraba á menudo á la caverna de Heres y allí en la soledad adquiría mayor vigor espiritual. Así vivió unos quince años. En este tiempo conversó y discutió con cristianos y judíos y empezó á madurar su sistema y predicación religiosa.

Y Mahoma se creyó un reformador, un profeta enviado para una nueva religión y que se acabarían todas las demás.

A los cuarenta años, en ese retiro que periódicamente se imponía, tuvo una noche, durante su oración, una visión. Se le apareció un ser fantástico, al cual creyó un demonio, y que le dijo: Lee. Mahoma le objetó que no sabía leer y el aparecido le repuso: «Lee en nombre de Dios creador».....

Uno de los parientes de Mahoma, que era cristiano le dijo que el aparecido debía ser el Angel Gabriel, y que él sería el profeta de los árabes.

De regreso á la Meca, Mahoma dió siete veces la vuelta á la Kaaba, fingió estar en comunicación con el cielo y empezó sus predicaciones. El primero que le siguió fué un primo suyo, Alí, á quien tenía Mahoma como hijo; luego un esclavo, Said, y el más importante Abóu-Bekr, magistrado de la Meca.

Predicaba la creencia en Dios único, y el Yolam, que significa el abandono y la sumisión á la voluntad de Dios. Once años hizo esta vida de divulgación de su doctrina y como quería acabar con los ídolos, excitó los odios de las tribus y tuvo que huir de la Meca. De este día, el 15 de Julio del año 622, en que huye de la Meca, arranca la Hegira, ó era de los musulmanes, para contar el tiempo. Y se refugió en Yatreb, ciudad que después se llamó Medina, ciudad del Profeta.

Allí, fácilmente extendió su religión porque había muchos judaizantes y era fácil la predicación de Dios único.

Y de allí en adelante, cuando hizo prosélitos predicó

la guerra santa contra los infieles de la Meca. A los ocho años de lucha volvió triunfante Mahoma á la Meca y acabó con la idolatría.

Dos años después murió en la Meca, causando una desolación general. Algunos decían que el Profeta no podía morir y que volvería como Moisés ó resucitaría como Cristo.

Cuando se trató de darle sepultura también hubo disputas y discusiones. Por fin se cumplió la voluntad de Mahoma; se abrió una fosa debajo del lecho en que había muerto y allí lo enterraron. Y se levantó en aquel lugar una mezquita en forma de torre, con galerías exteriores, con doscientas y tantas columnas adornadas de arabescos y piedras preciosas y letras de oro.

El visitar el sepulcro de Mahoma es uno de los principales deberes del islamismo.

El Corán

Se llama el *Corán* el libro que contiene la doctrina de Mahoma. Quiere decir Corán, relato. Y es que cuando Mahoma enseñaba su doctrina, los que le oían y eran sus fieles discípulos escribían sus palabras en hojas de palmera y en la piedras. Después de muerto Mahoma se reunieron esos discípulos y transcribieron sus notas y se formó el Corán. El Corán es para los árabes su Biblia, su evangelio y su código, su ley civil.

Solo Dios es Dios, dice el Corán, y Mahoma su profeta. Dios, *Allah*, es el creador de todas las cosas y el juez soberano. Tiene hecho el destino de cada hombre y nada lo modifica. Existen para Mahoma los ángeles y el demonio, angel caído y perdido por el orgullo. Admite el juicio final y la separación de los impíos que irán al infierno y de los creyentes al Paraíso.

Como ceremonias del culto establece el Corán cinco plegarias al día, que hacen prosternados en el suelo, el ayuno y la peregrinación á la Kaaba.

Esta doctrina es una mezcla de la religión judía y la cristiana.

Es una religión de guerra que promete el botín sobre la tierra y las recompensas materiales en el cielo.

De los árabes en España. —

La reconquista de Toledo :

A principios del siglo VIII los árabes atacaron á Europa; penetraron en España y fácilmente se apoderaron de todo el país. Y aquí permanecieron ochocientos años. En la montañas de Asturias se hicieron fuertes los españoles y de allí surgió el movimiento de independencia que inició la reconquista para desalojar á los musulmanes en nuestro territorio.

El reino de Asturias se agrandó: se formó luego el

reino de León y más tarde aparece luego el reino de Castilla. Cuando se desmembró el imperio de Carlo Magno se constituyeron el reino de Navarra y el condado de Barcelona y luego el reino de Aragón y el de Portugal.

De la parte de los árabes aquí se estableció el poderoso califato de Córdoba y cuando cedió en su importancia se erigieron varios emiratos, el de Toledo, el de Sevilla, el de Zaragoza, el de Córdoba.

El rey de Castilla y de León Alfonso VI, dió un gran paso en la reconquista española apoderándose de Toledo, la antigua capital de los godos.

Toledo en una revuelta del Tajo, sobre rocas y escarpados era inexpugnable.

Los cristianos prepararon la rendición de la ciudad por mucho tiempo, haciendo correrías por las tierras de Toledo, talando los montes y quemando las cosechas. Los árabes de Toledo estaban ya desesperados. Y los cristianos, cautivos de los moros, no cesaban de pedir el auxilio á D. Alfonso. Ellos prometían levantarse en armas y abrir las puertas de la ciudad en cuanto se acercasen las tropas del rey.

Resuelto D. Alfonso, aun contra el parecer de algunos nobles y venciendo el cansancio de las fuerzas, después de tan largas guerras, logró hacer nuevos reclutamientos. Eran necesarios muchos recursos porque la as-

pereza del terreno y la situación estratégica de la ciudad pedían para cercarla diversas escuadras, un número crecido de soldados y muchas divisiones de ejército.

Allí acudieron con Alfonso VI, los castellanos, leoneses, vizcainos, gallegos y asturianos; el rey D. Sancho con aragoneses y navarros; y también socorros de Italia y Alemania y de los franceses que había en España de otras guerras contra los moros.

El rey, con la mayor parte de su ejército, asentó sus campamentos en la hermosa vega que se extiende á la falda de la altura en que se fortifica la ciudad: y agrupó el resto de sus soldados en siete escuadras y otras tantas estancias de infantes para cortar todos los pasos de comunicación y de salida evitando que llegasen refuerzos ni vituallas.

La ciudad estaba rodeada por doble muralla; á mayor defensa la del río y las peñas y barrancos por entre los cuales maravillosamente rompe el Tajo.

El rey moro avisado de la proximidad de los cristianos y de sus planes y sintiendo ya los efectos del asedio amontonó víveres y soldados para resistir.

Hubo algunas escaramuzas en el campo: los infantes cristianos hacían frente á los moros; pero la caballería árabe más diestra y aguerrida se oponía valiente al paso de los sitiadores. Los cristianos levantaron torres de madera y se arrimaron más á las murallas dispuestos á abrir

brecha. Toledo resistía estos ataques y el sitio se alargaba decayendo las fuerzas de los cristianos, faltando víveres y medios para continuar y empezando además á cundir las enfermedades que causaron muchas bajas.

Entonces refieren animosas leyendas que se apareció en sueños San Isidoro al Obispo de León y con semblante de majestad le avisó que sostuviesen los ánimos del ejército sitiador, que no se rindiesen á las penalidades de tan rudo cerco, que no levantasen el campamento: porque Dios tenía escogida aquella ciudad y muy pronto saldrían victoriosos y caería Toledo en poder de Alfonso VI.

El Obispo de León fué á avistarse con el Rey para referirle el portentoso sueño y todos cobraron alientos valerosos para continuar en el ataque apretando más y más el cerco.

Por dentro, en la ciudad era apuradísima la situación; faltaban ya muchos artículos de primera necesidad, la miseria invadía á los moros y cristianos. Y sucedió que una avalancha se dirigió al alcázar del emir requiriéndole en turbulencia y griterío á que entrase en pactos con el ejército sitiador antes de que todos pereciesen de muros adentro, sin gloria ni provecho.

El rey moro procuró aquietar con buenas palabras á sus amotinados. Les habló de las excelencias de la paz, pero no adquirida á costa de la independendencia y para

entrar en la esclavitud y la servidumbre, les decía, es mayor desastre y daño que la muerte.

Les prometió la victoria, haciéndoles ver que entre los cristianos el hambre, la enfermedad y el cansancio hacían desalentar á todos.

No se convencieron los moros de Toledo de las buenas palabras de su rey y le amenazaron con abrir las puertas de la ciudad. Así obligado consintió en que salieran de Toledo emisarios que hablasen con el rey don Alonso.

Llegaron los emisarios moros á las tiendas del rey y le expusieron sus quejas. Le recordaron que habían hecho con el rey de Toledo un compromiso de amistad; que algunas veces ellos le ayudaron en sus empresas. Y le hablaron de entrar en conciertos con él.

D. Alonso les contestó que estos eran otros tiempos y que no podía transigir sino con la entrega de la ciudad.

Los emisarios fueron á Toledo y volvieron al campamento y mientras estas embajadas negociaban, el hambre estrechaba la vida de sitiados y sitiadores y se hacía insostenible la situación. Por fin vinieron los emisarios moros al campo cristiano á rendir la ciudad con estas condiciones: para el rey D. Alonso, el alcázar, las puertas de la ciudad, los puentes, la huerta llamada del rey en la ribera del Tajo; que el rey moro se fuese libremente á donde le placiese y lo mismo los moros que quisieran ir

con él; que se respetasen las haciendas y heredades á los moros sometidos, dejándoles para sus ceremonias la Mezquita mayor y que no les pusiesen mayores tributos.

D. Alfonso, con los suyos, entró triunfalmente en Toledo el día 25 de Mayo de 1085, y la fama de esta conquista corrió por todo el mundo.

Según lo convenido salió el rey moro para Valencia y le siguieron muchos.



De la historia de las cruzadas

¿Qué fueron las cruzadas?

Apareció durante el siglo XI, en Oriente, un nuevo pueblo musulmán, el de los turcos seljicidas que extendieron poderosamente sus dominios por la Palestina, el Asia menor y amenazaban caer sobre Constantinopla y por consiguiente invadir á Europa. Por igual sufrían, esta pujanza de los turcos, griegos y latinos.

Jerusalén fué tomada por ellos, después de haber estado dominada por los árabes más de cuatro siglos. Jerusalén que había sido para los musulmanes una ciudad santa, respetando los venerables y sagrados lugares de la vida y de la muerte de Jesucristo, su sepulcro y la iglesia que edificaron allí los griegos; Jerusalén visitada con tanta fe por los cristianos, que en peregrinaciones de devoción y de penitencia acudían constantemente.

Ahora en poder de los turcos se hacían imposibles las piadosas peregrinaciones; los cristianos eran perseguidos y atormentados, los santuarios objeto de profanación, muchos templos destruídos y en peligro la vida de los creyentes moradores de Jerusalén y los que de todas las partes del mundo concurrían á la veneración de los santos lugares.

El emperador de Constantinopla, Alejo Conmeno, dió la voz de alerta á Europa, pidió socorros al Papa, entonces Urbano II, y se organizaron las cruzadas.

Fueron, pues, las cruzadas, varias expediciones militares que se hicieron por los cristianos de occidente en los siglos XII y XIII para rescatar á Jerusalén y el sepulcro de Cristo del poder de los turcos. Todos los pueblos cristianos se unieron en uno solo para estas empresas y así pudieron ser las cruzadas guerras exteriores de la cristiandad.

Y se les dió este nombre de cruzadas por la cruz de paño que llevaban sobre el pecho los cristianos alistados para estas guerras.

Pedro el Ermitaño

Una de las figuras más interesantes de las Cruzadas es la de Pedro el Ermitaño.

Se cuenta que era un hombre de rusticidad, que

exaltado por sus sentimientos religiosos vivía en la soledad vida de oraciones y ayunos. Pequeño y flaco, moreno, con barba larga: sus ojos muy vivos. Andaba con los pies descalzos, cubriendo su cuerpo y á raíz de la carne con un sayal de lana y sobre los hombros largo ropón con capucha que echaba á la cabeza.

El pan era su alimento y jamás bebió vino. En su porte, en los ejemplos de su penitencia y austeridad, en sus palabras se traslucía un algo divino que le abría paso entre el pueblo siguiéndole atraídas las gentes por su bondad y su virtud. Se dice que aun le arrancaban las crines á la mula en la que montaba en sus viajes y las conservaban como reliquias; de sus vestiduras le tomaban pedazos y con ellos se hicieron cruces para los primeros cruzados.

Por los años de 1095 Pedro el Ermitaño salió de su tierra, de Amiens, y tomó el camino de las peregrinaciones á Tierra Santa. Estuvo en Jerusalén, visitó el Santo Sepulcro y dolorido vió la situación de los cristianos oprimidos por los turcos, las profanaciones en los recuerdos más queridos por los creyentes y las dificultades que se oponían al anheloso deseo de las peregrinaciones á Tierra Santa.

Allí habló con el Patriarca Simeón, que le instó á dar á conocer la angustiosa situación de Jerusalén al Papa.

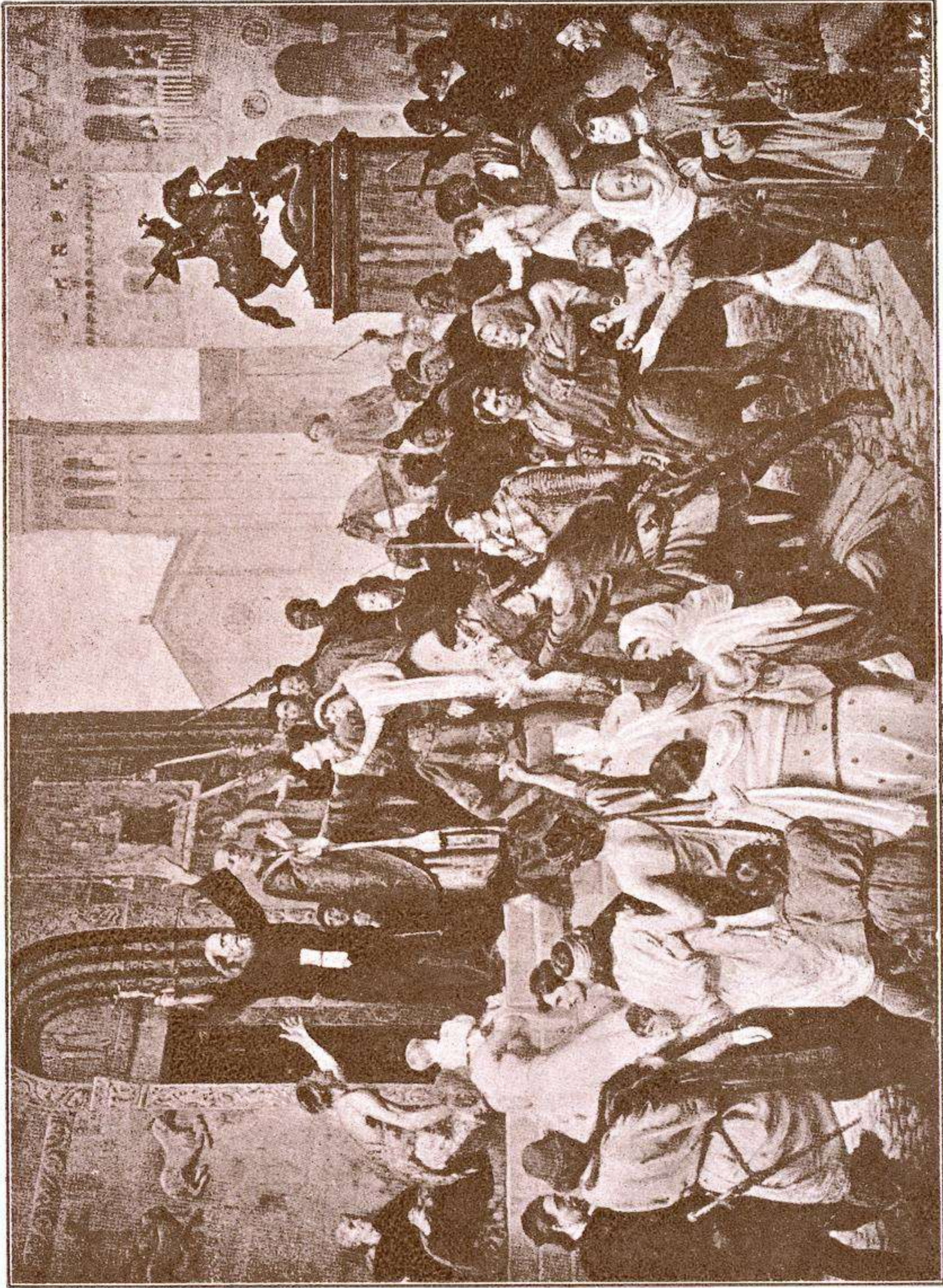
Y Pedro el Ermitaño á su vuelta de Tierra Santa se presentó al Papa.

Fueron de tal viveza las relaciones del Ermitaño, tan impresionante las pinturas que hizo de los agobios que para la fé cristiana suponía la intolerancia de los turcos, tan sentidas las descripciones de los peligros del Santo Sepulcro y la desolación de la ciudad santa en manos de bárbaros perseguidores, que el Papa Urbano II decidió llevar á Oriente al pueblo cristiano, á la conquista de Jerusalén y á la salvación de los lugares santificados por Cristo.

Y encomendó á Pedro el Ermitaño la predicación de la guerra santa.

La palabra ardiente del solitario de Amiens, la maceración y penitencia de su vida, el ejemplo de su virtud, los relatos de su visita á Jerusalén, todo unguido por dones del cielo hicieron bien pronto conmover al mundo. Y en Italia, Francia, Alemania y todo el Occidente se levantó el espíritu popular al grito de ¡á Jerusalén, á Jerusalén!, más ruidoso y delirante que el clamor y encendimiento de las armas. Los señores y los pobres, los grandes capitanes y los labriegos, todos se aprestaron á la cruzada, abandonando sus casas y haciendas, vendiéndolo todo y llevándose, en la caravana religiosa, á las mujeres y á los niños.

El Papa convocó á la Iglesia á Concilio, que se celebró en Clermont.



Pedro el Ermitaño predicando la primera cruzada.

El Papa y el Concilio

Acudieron al llamamiento de Urbano II los obispos, sacerdotes y caballeros de Europa. Asistieron con asiduidad á las sesiones, en las que ocuparon su atención asuntos de disciplina y gobierno de la Iglesia.

Llegó el último día del Concilio, el 28 de Noviembre de 1095, y en memorable sesión, animada por un ideal de fusión de sentimientos y acalorada por el fuego de la fe del pueblo cristiano, sin banderías ni fronteras, el Papa dirigió ardiente alocución. Pendientes de las palabras de Urbano II los padres del Concilio, los nobles y el pueblo escucharon compasivamente las descripciones de terror y amargura de los martirios y afrentas que los cristianos soportaban en Jerusalén, las graves dificultades que los turcos suscitaban para impedir la llegada de las peregrinaciones al Santo Sepulcro, cerrándoles así la esperanza de la saludable penitencia y los tesoros de las indulgencias y gracias concedidas; la historia de las profanaciones de aquellos lugares benditos.

Pedro el Ermitaño, en pie, al lado del Papa; su figura de austero penitente se agrandaba á los ojos del Concilio, derramando lágrimas de dolor por el recuerdo de aquellas escenas que Urbano II refería y de las que él había sido testigo.

Pedía el Papa, á los príncipes y caballeros, á las naciones, que triunfase el espíritu de fraternidad, que depusieran sus odios y sus pleitos, que la concordia los uniera y que toda la fuerza y el valor y el empuje de sus ejércitos y de sus armas lo pusieran en esta inmortal campaña, de la reconquista de Jerusalén y de la posesión del sepulcro de Cristo.

Y les brindaba con la gloria, y les excitaba á la cruzada por la salvación de sus almas.

Al acabar su exhortación el Papa, un clamoreo ensordecedor resonó en el Concilio, y todos gritaban ansiosos del martirio y en todas las lenguas y dialectos ¡Dios lo quiere!, que fué como la señal y bandera de la Cruzada.

A la exaltación del sentir religioso, se unían también el espíritu caballeresco y aventurero, los atractivos de un largo y arriesgado viaje á tierras y países desconocidos, el ir á Oriente, á regiones de riqueza fabulosa, la conquista de reinos y el mejorar de suerte.

Aquietados los ánimos, se levantó á hablar un Cardenal, que recitó en alta voz la confesión general y los cruzados la repetían dándose fuertes golpes de pecho para recibir plena absolución y así prepararse á la magna empresa redentora. El Papa entregó la cruz, designándole por legado suyo, al obispo de Puy, y era de ver la unción con que se perdonaban unos á otros y juraban olvidar rencillas y odios particulares.

La primera expedición

Pasó el invierno en los preparativos y al llegar la primavera los impacientes cristianos, con Pedro el Ermitaño á la cabeza, emprendieron la marcha. Iban á millares, en montón, sin organización militar y sin previsión alguna.

Gentes de todas las edades y sexos y condiciones capitaneados por un hombre sin autoridad y sin experiencia, como Gualtero *sin Haber*, y por la indomable voluntad del Ermitaño, que ponía toda la seguridad del éxito en el celo, fueron atravesando comarcas, pidiendo de limosna víveres; se encontraron con la resistencia de los húngaros y búlgaros, que cayeron sobre los cristianos y los dispersaron, causándoles mucho daño.

De otras naciones salieron así también y á la vez que los franceses muchedumbres desordenadas.

Después de tantos trabajos y preguntando en cada ciudad á donde llegaban, si era Jerusalén, arribaron á Constantinopla y el emperador que los recibió benévolamente, los transportó á las costas de Asia.....

Mientras esto sucedía y las gentes de Pedro el Ermitaño eran víctimas de su inconsciencia, experimentando graves contratiempos, se organizaba un ejército de cruzados, que emprendió su marcha el 15 de Agosto de 1096.

Salieron cuatro cuerpos de ejército á encontrarse todos ante los muros de Constantinopla. Conducidos por el conde Raimundo de Tolosa iban los franceses del Mediodía; los franceses del Norte y los alemanes, por el venerable Godofredo de Bouillon y por Balduino de Flandes; los normandos, por Tancredo y Bohemundo, y los franceses de la isla de Francia siguieron á los normandos de Italia.

Coincidieron todos ante Constantinopla causando verdadero espanto; parecía que Europa entera había sido arrancada de sus cimientos. Con el ejército marchaban también mujeres y niños y criados de los caballeros, peregrinos incapaces de batallar y que era una carga inútil.

El emperador Alejo les facilitó los medios necesarios para pasar al Asia.

Se abrieron camino, batiendo á los turcos en Dorilea, introduciéndose así por las mesetas del Asia menor. Era pleno verano, bajo un cielo sin nubes y con un sol de fuego; la tierra ardía, seca y árida, no encontraban refrigerio para el calor ni fuentes donde saciar la sed.

Los hombres más fuertes, dejó escrito un testigo, se tendían sobre la arena y con sus brazos robustos revolvían la tierra buscando suelo fresco para acercar sus bocas ardientes. Los mismos animales no podían resistir aquella temperatura y se rendían. Tuvieron que sustituir los caballos por carneros y cabras y cerdos y perros para

transportar los víveres y los equipos. Algunos cruzados se vieron en el caso de montar sobre bueyes para entrar en batalla.

Los turcos acostumbrados á luchar en aquel ambiente y convenientemente preparados hostilizaban de continuo á los cruzados, los acosaban. Y así avanzando por entre tanta dificultad y venciendo las fatigas más penosas subieron los cristianos por el monte Tauro, tan empinado y alto como los Pirineos, se asomaron á las costas de Siria y descubrieron á la ciudad de Antioquía, plaza fuerte, metrópoli en otros tiempos de muchos obispados y rodeada por incontables torres.

El sitio de Antioquía duró ocho meses, luchando con el frío y con el hambre, sin comunicación con el mar, diezmados por una epidemia. Los cruzados desalentados iban á rendirse; pero el normando Bohemundo ganó á un renegado Pirro y éste les dió acceso á las torres de la fortificación; allí plantaron la cruz y entraron en Antioquía. Inmediatamente se rehicieron los turcos y sitiaron á los cruzados; la situación era desesperada. Ya no tenían que comer; comían los cueros de los animales y la hierba y hasta la carne de los turcos muertos en la refriega. Se apoderó de todos el desaliento y querían huir. No podían llegarles refuerzos ni auxilios. Solo les mantenía en firmeza la esperanza de llegar á Jerusalén.

En tan apurado trance aconteció un hecho prodigioso.

Congregó á todos los jefes cruzados un soldado lombardo que se presentaba agitado, conmovido, refiriendo un portentoso descubrimiento. Decía que habiéndose quedado á dormir aquella noche en una iglesia de Antioquia, fué favorecido con una visión celestial. Él había visto apareciéndose á Cristo. El Redentor se le había mostrado con enojo contra los cruzados que aflojando en la virtud y desalentados perdían su fé y la bondad de sus costumbres; que intercedía ante su Hijo la Virgen y que Cristo, á los ruegos de su Madre, quería favorecerles con el triunfo si volvían al espíritu de rectitud y de orden y á la viveza de su fé.

Se presentó después el apóstol Andrés á un sacerdote de Marsella, llamado Pedro Bartolomé, haciéndole sugestiva revelación. Le señaló un lugar para que cavase, diciéndole que allí estaba enterrada una preciosa reliquia, la lanza con que fué rasgado el costado de Cristo clavado en la cruz.

Acudió solícitamente Pedro Bartolomé con otros compañeros al sitio de la revelación y empezaron á cavar con una ansiedad inquieta y con avidez de celo religioso. A poco de estas excavaciones dieron con la lanza, la levantaron solemnemente en alto á la veneración de los creyentes y de nuevo se enardecieron los ánimos con el grito de ¡Dios lo quiere! que daban con la misma lozanía y firmeza que al empezar la cruzada.

Toda la noche la pasaron los caballeros cruzados en oración y en penitencia, confesaron sus culpas y precedidos de la lanza sagrada como insignia de vencedores y divididos en doce grupos, en memoria de los doce apóstoles, asistidos de los ángeles, hicieron una buena salida de Antioquía, sembrando el espanto y la huída entre los turcos, á los que cogieron un rico botín. Muchos de los musulmanes se convirtieron al Dios verdadero ante lo maravilloso del empuje.

La toma de Jerusalén

Después de tan brillante y milagrosa victoria, poco hubiera costado á los cruzados proseguir su camino triunfal hasta Jerusalén, objetivo de esta primera campaña. Pero la prudencia aconsejó á los jefes del ejército cristiano dar un poco de descanso para juntar provisiones y reponer bajas. No fué del todo afortunada esta tregua; de nuevo se enseñorearon las epidemias en el ejército y entre las víctimas fué una el legado del Papa. Surgieron además ambiciones entre los príncipes que acaudillaban la cruzada y se relajaban las costumbres y el vigor de los combatientes.

Como habían convenido que las ciudades ocupadas serían para quien plantase en ella su bandera, esto suscitó resquemores y rivalidades.

Tancredo y Raimundo Tolosa y Roberto de Normanda rompieron con aquella perezosa y mala indolencia y se dirigieron á Jerusalén. Todos los cruzados les siguieron.

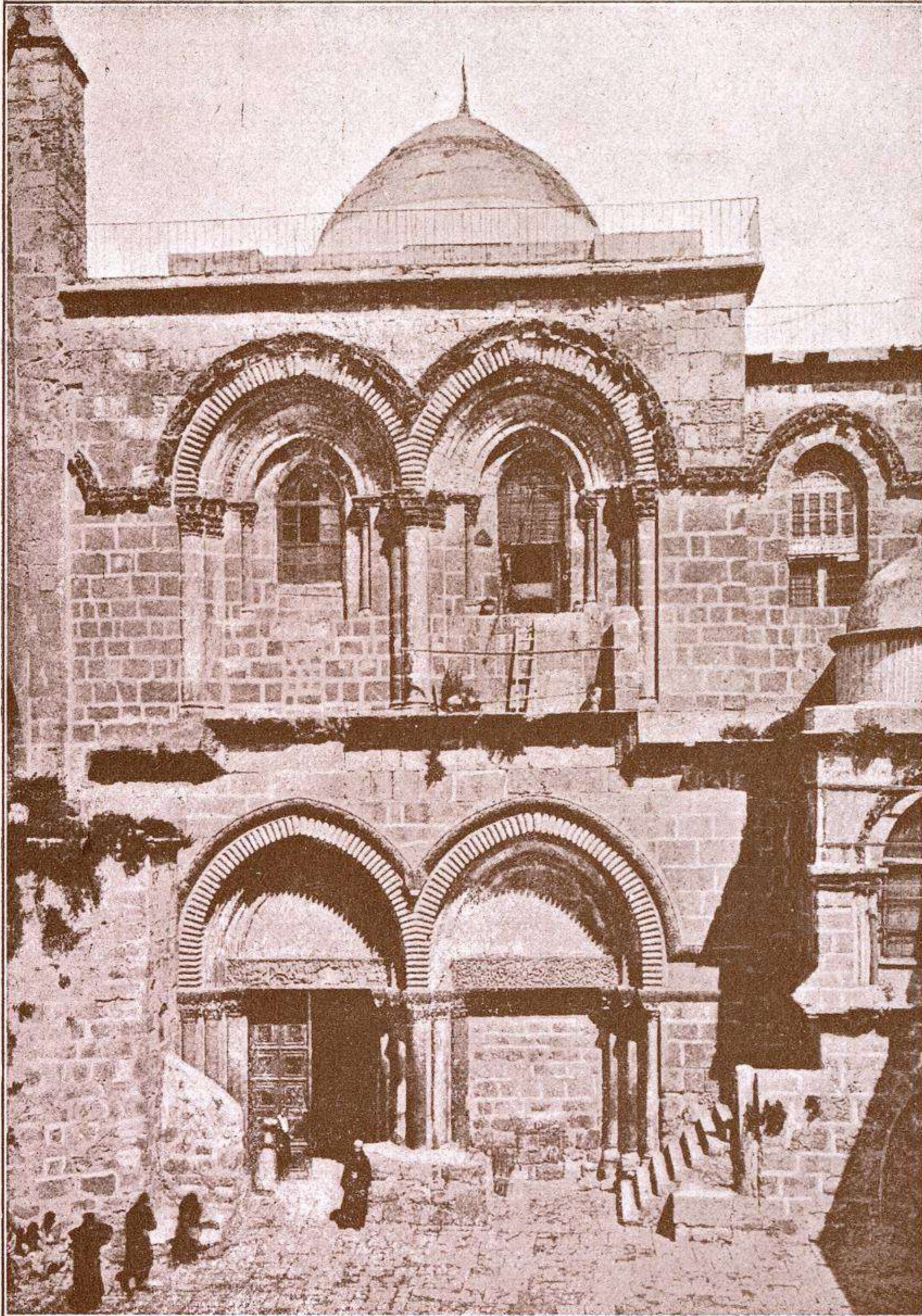
A la hora en que Cristo nació, se colocaba la cruz victoriosa en los muros de Belén.

Y poco después se congregaban los cruzados para el sitio de Jerusalén recontando sus fuerzas. Habían perecido en los caminos más de seiscientos mil cristianos y en los dos sitios de Antioquía doscientos mil. Unos cincuenta mil cruzados fueron los que partieron para Jerusalén.

Desde las alturas de Emmaus divisaron las fortalezas de la ciudad santa. De boca en boca corrió el grito ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Aquel ejército de sufridos cristianos se hincó de rodillas entonando himno de gracias á Dios. Todos besaban aquella tierra sagrada, santificada por la planta de Jesucristo: todos lloraban de júbilo y de doloroso arrepeutimiento, disponiéndose á entrar así en los recintos de Jerusalén como en tierra de promisión.

De nuevo resonó *el Dios lo quiere* y empezó el asalto á la ciudad. Jerusalén estaba bien fortificada, con numerosa guarnición y los turcos habían destruído los sembrados y cegado las fuentes y los pozos para hacer imposible la vida á los sitiadores.

Sufren pues otra vez sed y hambre. Se acabó el dinero para los trabajos del sitio, les faltó la madera para



Basilica del Santo Sepulcro
en Jerusalén.

los puentes de asalto y la escuadra genovesa que llevaba víveres fué incendiada por los turcos.

Los caballeros más ilustres se dedicaron á hacer trincheras y á trabajar en las minas del sitio.

Una ceremonia hermosa se realizó entonces. Terminados los preparativos del asalto dieron vuelta á la ciudad los cruzados procesionalmente haciendo estación en los lugares memorables de las cercanías y renovando todos el dolor de sus pecados para santificarse más y así hacerse dignos de entrar en Jerusalén y llegar al Santo Sepulcro. Los más enemigos se abrazaban en señal de reconciliación.

Después de aquella imponente procesión y jubileo, á las tres de la tarde, la hora de la espiración de Cristo en la Cruz, del viernes 15 de Julio de 1099 construyendo una torre de madera que acercaron á los muros de la ciudad pudieron los cruzados dar el asalto á la muralla ocupándola, apoderándose de las puertas y entrando en masa en la plaza. Hicieron una carnicería espantosa; fueron pasadas á cuchillo setenta mil personas entre turcos y judíos. Los cristianos avanzaban por la ciudad sobre la sangre de los vencidos.

Y llegados al santo sepulcro dejaron caer de sus manos las armas y oraron compunjidos y gozosos.

Godofredo de Bouillon

Pasados los primeros días de repartos de botines y riquezas pensaron los cruzados en la necesidad de dar estabilidad á la conquista de Jerusalem y sobre todo garantir con formidable organización política la salvaguardia del santo sepulcro. Por esto pensaron en dar un rey á Jerusalem, la creación del reino latino de Jerusalem.

Y unánimes eligieron Rey á Godofredo de Bouillon, el hombre más popular de la cruzada por su santidad, su ejemplaridad, su valor y su modestia; sobre el santo sepulcro se verificó esta elección de rey y allí juró Godofredo defender los santos lugares y hacer siempre el bien, respetar el honor de todos y observar la justicia.

Cuando fueran los enviados á ofrecerle la corona real, Godofredo la rehusó como también el título de rey. «No permita Dios, dijo, que yo lleve corona de oro donde el Rey de los reyes fué coronado de espinas».

Y pidió que se conformaría con que sus títulos fuesen el de barón y defensor del santo sepulcro.



De la Historia de América

Cristóbal Colón

Aun con el propósito de escribir un capítulo breve de Historia de América y sin el intento didáctico de investigaciones científicas ni de depuraciones críticas sobre el descubrimiento del nuevo mundo, no puede pasarse en silencio por la memoria del insigne Cristóbal Colón.

«Recordáis, escribe Pedro Martir de Angleria al arzobispo de Granada, Hernando de Talavera, por aquellos días de la fortuna de España, los días del descubrimiento de América, recordais que Colón, el de la Liguria estuvo en los campamentos instando á los reyes acerca de recorrer por los antípodas occidentales un nuevo hemisferio de la tierra?..

Se refiere el ilustre cronista á la presencia de Colón en el memorable campamento de Santafé, á la luz de

Granada, cuando presentó á D. Fernando y á D.^a Isabel sus proyectos de expedición en busca del nuevo camino á las Indias y los reyes le escucharon é hicieron con él un pacto, facilitándole barcos y dinero y gentes.

«Tenéis que recordarlo, sigue escribiendo Martir de Angleria al gran arzobispo; de ello se trató alguna vez con vos y sin vuestro consejo, segun yo creo, no acometió Colón su empresa. Ha vuelto incólume; dice que ha encontrado cosas admirables, ostenta el oro como muestra de las minas de aquellas regiones, ha traído algodón y aromas..... Caminando desde Cádiz hacia Occidente cinco millas de pasos, segun afirma, dió con muchas islas. Entre ellas ocupó una, que asegura tiene mayor ámbito que toda España.....»

«Habían dado á Colón tres naves, la mayor la perdió en la costa de esa isla, se le estrelló sobre una roca, cubierta por las aguas y plana. Con las otras dos menores ha vuelto. Dejó en la isla treinta y ocho hombres. Se prepara otra armada mayor y volverá..... Lo que suceda lo sabréis por mí, si vivo.....»

Ampliando esta encantadora sencilla relación hay que añadir interesantes noticias.

Guanahani se llamaba esa isla, la tierra primera que divisó Colón con los suyos el viernes 12 de Octubre de 1492; allí se cantó solemne Te-Deum. Y Colón puso á esa isla el nombre de San Salvador: era una de las

islas Lucayas, próxima al Norte. Luego pasó el descubridor de América, poniéndolas nombre español, á la Concepción, á la Fernandina, á la Isabela; arribó á Cuba y á la Española, la Isla de Santo Domingo.

Y volvió á España siendo recibido en triunfo en Palos, de donde había partido siete meses antes.

Aún se discute la patria de Colón: aun siendo de tierra extraña, queremos que sea nuestro por los dominios de nuestros reyes; y á última hora se ansía encontrar fundamentos para hacerlo nacido en España.

Son de una intensa curiosidad muchos pasajes de la vida de Colón en España que la leyenda ha vivificado incorporándolos á la Historia del descubrimiento de América.

Según los que conocieron á Cristóbal Colón era hombre más alto que bajo; la cara larga y pómulos abultados, color encendido, ojos vivos y cabello rubio ondulado; de venerable aspecto, severo.

Y un día, cuando empezaba su peregrinación para que le escucharan los sabios y los reyes, llegó Colón con un hijo suyo al convento de franciscanos de la Rábida, en la provincia de Huelva. A este hecho le ha prestado calor la leyenda popular. Descansó Colón con su hijo al pie de la cruz que se levantaba frente al convento y que hoy perpetúa un monumento nacional; llamó luego á la portería del monasterio pidiendo refugio. Se dice que

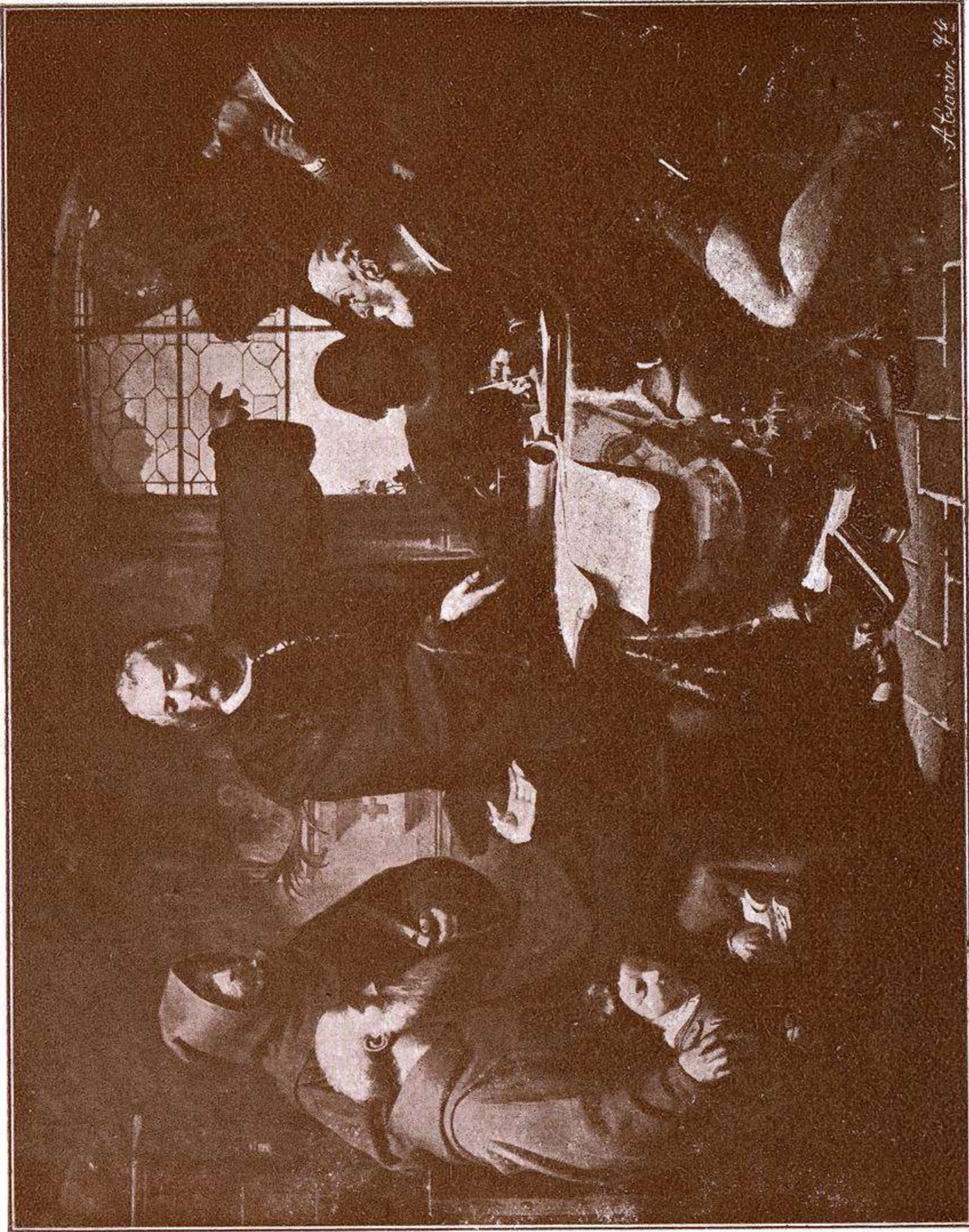
Colón, desvalido, pobremente vestido y que había hecho el camino á la Rábida andando, inspiró así una gran compasión á los franciscanos y que lo recibieron con toda caridad y amor.

Surge la apacible figura del guardián de la Rábida, un P. Marchena, con cuyo nombre parece probable que se cifran dos personas distintas, la del guardián y la de un modestísimo fraile muy entendido en astronomía y viajes. Colón escribía una carta á los reyes cuando preparaba su segundo viaje á América y les decía que solo halló ayuda, cuando andaba ofreciendo el nuevo mundo, en Fray Antonio de Marchena. Y los reyes le aconsejaron que fuese en su compañía este fraile tan entendido como astrólogo y buen conocedor de sus planes y proyectos.

Era Colón de familia de marinos que figuraron al servicio de Francia durante el siglo XV. Y parece cierto que él arribó de forzosa á las costas de Portugal, navegando en barco de su familia, en naufragio por encuentro de naves venecianas y genovesas.

Se estableció el abordage, se declaró fuego en los barcos y la tripulación se lanzó al agua en los botes. Colón, joven entonces, resistió la prueba y sobre una tabla pudo llegar á la costa y salvarse.

Ya en Portugal se estableció en Lisboa y allí se casó con la hija de un italiano, antiguo piloto, llamado Palestrello, que descubrió las islas de Madera. Con Palestrello



Cristóbal Colón en el Convento de la Rábida.

Cuadro de Cano

se inició Colón en las navegaciones de los portugueses y á mayores conoció bien los progresos de la geografía y de la cosmografía. Habiendo ido su suegro de gobernador á las islas de Madera, Colón residió allí también mucho tiempo y adquirió gran reputación de geógrafo.

Entonces los portugueses se preocupaban de explorar la costa occidental de Africa y hallar camino derecho á las Indias. Y Colón, en su trato con los navegantes portugueses, adquirió noticias de tierras situadas al Oeste del mar Atlántico y de islas que no estaban descubiertas y esto unido á sus convicciones de la esfericidad de la tierra, le hizo pensar en dar con un camino para las Indias, para Asia, distinto al que planeaban los portugueses.

Colón propuso su idea á D. Juan II de Portugal y no le escuchó, también á la república de Génova y lo trataron como á visionario, y entonces decidió venir á Castilla y tratarlo con nuestros reyes D. Fernando y doña Isabel,

Primeramente residió Colón en Sevilla, y en esta ciudad hizo amistad grande con un banquero Juanoto Berardi, que le quiso poner en comunicación con señores ricos de la corte; pero fué en vano, pues no le hicieron atención ni caso. Solamente se interesó por Colón y sus propósitos Alonso de Quintanilla, contador mayor del reino y éste lo presentó al cardenal Mendoza, quien lo llevó ante los reyes, en Córdoba.

Por esta época de largas estancias en Córdoba, porque los reyes quisieron oír y consultar á comisiones científicas, conoció Colón á doña Beatriz Enriquez, que luego fué su segunda esposa, de la que tuvo á su hijo Fernando Colón. Quizás esta circunstancia le hiciera retenerse tanto tiempo esperando pacientemente la protección de los poderosos.

Fué luego á Salamanca. Mucho se ha discutido sobre las famosas conferencias de Colón en Salamanca. Es lo cierto, que allí encontró á Fray Diego de Deza, del convento dominicano de San Esteban, un decidido protector.

Y es tradición en la vieja ciudad universitaria que los dominicos para aquellas pláticas con Colón se trasladaron á una finca que poseían cerca de la ciudad, á Valcuevo. Existe aún la casa de campo y hospedería de los dominicos en Valcuevo, y en memoria de la tradición popular, allí en un alto y de explanada se ha levantado una columna monumental conmemorativa y se llama aquel sitio el *Teso de Colón*.

Ya en comunicación con los Reyes, empeñados entonces en la guerra de Granada, se ha dicho que don Fernando recibió más friamente á Colón que doña Isabel. Primeramente ofrecieron su ayuda á Colón, pero se alargaba la realidad de estas buenas palabras y Colón volvió á Sevilla. El duque de Medinacelli quiso costearle todos los gastos del viaje para sus descubrimientos del

Nuevo mundo. Pero se enteró la Reina y no lo consintió y ella tomó á su cuenta las negociaciones con Colón, que por entonces no se llegaron á convenir. Y es propósito de esto el explicar aquella dicha frialdad de don Fernando, porque éste se oponía á las desmedidas pretensiones de Colón.

Después fué lo de la Rábida y desde allí vino Colón á Santa Fé al campamento de los Reyes Católicos frente á Granada y se firmaron unas capitulaciones. Y por el pronto los Reyes de la Corona de Aragón adelantaron dinero y ordenaron al alcalde de Palos que pusiera á disposición de Colón las dos carabelas que en virtud de condena tenía obligación aquel pueblo de poner á servicio de la Corona por un año.

En Palos, Colón después de algunos tropiezos, encontró marineros; cambió las dos carabelas por otros dos mayores, la *Pinta* y la *Niña* y fletó otra, la *Santa María*, en la que embarcó Colón, haciéndose á la vela el día 3 de Agosto de 1492

Hernán Cortés

En las conquistas del continente americano, emprendidas quince años después de muerto Colón, se registran dos célebres jornadas, la conquista de Méjico y la conquista del Perú.

Al arribar los españoles á las antillas se les ofrecía á la vista una civilización indígena rudimentaria. No encontraron grandes masas de población ni una organización política y social perfectas. Eran gentes de tribu que se ocultaban en chozas, que primeramente huían y que luego se acercaban atraídos por golosinas ó naderías que les brindaban. Estas gentes eran de raza cuasi negra, los caribes, de color aceitunado.

Ahora en los continentes también se presentaban tribus salvajes, de color moreno oscuro y variantes hasta el amarillo de tierra. Y por sus faenas y usos pueden agruparse en los que vivían del pastoreo y de la caza, tribus nomadas y otros labradores que cultivaban los campos. Aun hoy pueden darse representaciones de estos indígenas en los pieles rojas de América del Norte y en las variadísimas tribus que en América del Sur conservan las costumbres primitivas tales como los batocudos del Brasil que viven en sus chozas ó chamizos arrimados á los árboles.

Más al lado de estos medios salvajes, en los continentes americanos, había pueblos muy adelantados con civilización perfecta. Así en Méjico, en el Perú, en el centro de América, como en evolución de anterior cultura y organización social, vivían pueblos constituídos políticamente en verdaderos Estados.

Méjico comprendía la meseta entre el Pacífico y el golfo de Méjico, el país vecino del agua ó Analenae y

habitado por los aztecas desde último del siglo XIV al primer tercio del XV.

Antes habían dominado en Méjico los *toltecas*. Y fué famoso un legislador Quetzalcohuall que fué tenido por el pueblo como un semidios.

Los aztecas fueron unos invasores que hicieron retirar á la civilización de los toltecas hacia el sur: eran de cabello negro y espeso, poca barba, nariz aplastada y piel amarilla. Muy pronto pasaron del período de vida nomada al de civilizar el contacto en otros pueblos, aun cuando conservando usos bárbaros. Aún perduró en ellos la costumbre de inmolar víctimas humanas á los dioses.

De este modo surgió el pueblo mejicano de un encuentro de razas y de pueblos civilizados y cruelmente salvajes.

Los aztecas, pueblo guerrero, vestían unas túnicas de algodón, corazas de láminas finas de oro y plata y cascos de madera con penachos de plumas. Armados de lanzas de punta muy ancha, adornadas en lo alto con borlas.

Cuando los españoles se posesionaron de Méjico vieron ciudades magníficas. Méjico, la capital, edificada en medio de un lago; las casas hermosas, con huertos y terrazas cubiertas de flores, sus palacios y templos muy altos y coronados de pináculos; las calles muy anchas, grandes plazas de mercados con pórticos en donde más de 60.000 personas negociaban y contrataban.

La conquista de Méjico que duró cuatro años fué obra del español Hernán Cortés, que ya había tomado parte en la conquista de Cuba.

Hernán Cortés había nacido en Medellin, en Extremadura y estudió en Salamanca algunos años los estudios de Derecho. Pero lo abandonó todo llevado por su espíritu aventurero que le puso en camino para América.

Te diré lector como lo pintan. Hombre joven cuando emprendió la conquista de Méjico, pues tenía treinta y tres años, era de seca contextura, nariz larga y gruesa, boca de labios abultados, ojos redondos y cejas arqueadas. Valiente y sufrido, discreto y culto y de una voluntad constante, tenaz y fuerte.

Con unos cientos de soldados, once barcos y algunos cañones salió Hernán Cortés de Cuba á la conquista de Méjico. Rio Tabasco arriba llegaron á un sitio cerca de su boca lleno de arena y allí bararon los barcos y por emisarios que pasaron al otro lado ofreció la paz á los indígenas. En los primeros días les llevaron víveres, pero después, sorprendiendo á los invasores, los acometieron ferozmente. Hernán Cortés cargó sobre ellos y disparando los cañones logró abrirse franco paso.

Después de vencerlos, en la ciudad que después se llamó Victoria, impuso Hernán Cortés la prohibición de los sacrificios humanos y les hizo prometer sumisión.



Cuadro de Sans.

Hernán Cortés quema sus naves.

Son curiosas las referencias que se recibieron de aquellos continentes.

El ya citado Mártir de Anglería, ingenuo cronista de los descubrimientos de América, dice que aquellas tribus adornaban sus templos con tapetes de oro y con perlas. Y al venir el día los incensaban á la hora de hacer sus ceremonias cultuales. Que inmolaban niños. Y cuando en los meses de la recolección y también en la sementera no tenían niños, sacrificaban á esclavos comprados que los engordaban como á los ganados.

A estos esclavos, adornándolos con preciosas vestiduras, los paseaban en procesión veinte días antes del sacrificio. El pueblo presenciaba el paso de esta comitiva y les rendía saludos y honores como á cosa sagrada. También ofrecían á los dioses sangre que se sacaban de la lengua y del pecho y con esa sangre rociaban el suelo y la echaban al aire dirigiéndola al cielo para aplacar á la divinidad.

Se cuenta que un cacique tenía encerrados á varios esclavos para el sacrificio y habiéndoselos quitado la gente de Hernán Cortés, los reclamaba diciendo que así traían sobre el reino la perdición, porque se irritarían los dioses y permitirían que los gusanos se comieran la siembra, ó se destrozarian los campos con el granizo ó la inundación torrencial.

Los huesos de los inmolados los ataban en haces y los ofrendaban como señal de victoria.

Volviendo á la conquista, pocos meses más tarde de la primera arribada de las tropas de Hernán Cortés, llegó éste á Méjico. En Veracruz recibió los presentes que le enviaba Moztezuma, el emperador de Méjico, que así creía alejar el peligro de la conquista que se le venía encima.

A Hernán Cortés aquél oro, lejos de aplacarle en sus planes, le invitó á seguir adelante.

Y no tardó en caer en poder suyo el emperador Moztezuma. Hernán Cortés se instaló en la capital como gobernador, y por más de un año y con la sumisión del emperador, rigió aquel país en nombre de España.

Durante una ausencia de Hernán Cortés que tuvo que ventilar un pleito de armas con el gobernador de Cuba, ocurrió en Méjico una formidable sublevación.

Allí había dejado en su nombre al teniente Alvarado y éste, sin motivo alguno, celebrándose una fiesta en el templo mayor, mandó matar á muchos nobles indígenas, robándoles luego una riqueza en alhajas.

Esto levantó al pueblo, y cuando regresó á Méjico, Hernán Cortés tuvo que librar en las calles una batalla sangrienta y encarnizada. El mismo Hernán Cortés dijo que ya no había un soldado de caballería en estado de alargar su brazo, ni infante que pudiera moverse. En la noche del 5 al 6 de Julio fueron muertos casi todos los españoles y muy pocos que se salvaron con Hernán Cortés, huyeron.

Moztezuma arengó en balde á sus súbditos; no le hicieron caso y él mismo fué herido en la refriega y murió, según unos, á consecuencia de las heridas, y según otros, asesinado por los españoles.

Los aztecas eligieron nuevo Emperador á Cositlahuactzin. En la evacuación de Méjico y retirada de Hernán Cortés, rodeando el lago de la ciudad y en las llanuras de Otumba, se encontró con un ejército numeroso de indígenas. La victoria, despueés de indecisiones horribles y cruentas fué de los españoles y después de este triunfo y con nuevos refuerzos pudo pensar Hernán Cortés en volver sobre la capital perdida. Ya había otro emperador Guatemozin.

El 13 de Agosto de 1521 asaltaba la ciudad Hernán Cortés y se hacía dueño de todo el país. El Emperador fué quemado por los conquistadores porque se negó á decir donde había enterrado el tesoro imperial.

Hernán Cortés quedó consagrado Gobernador de Méjico en nombre de España.

Sus hechos de armas, su paso triunfal parecieron cosa extraordinaria al considerar la inmensidad de los imperios de Moztezuma y los escasos medios con que el valiente extremeño arremetió su empresa.

Ha de considerarse que el imperio de Moztezuma era poco fuerte; constituido por la guerra, por agregaciones de tribus y pueblos no ofrecía cohesión ni homogeneidad.

Además ha de tenerse en cuenta la sugestión que sobre Moztezuma y sus sucesores ejercía la tradición popular que esperaba un libertador. Todos aquellos pueblos subyugados á la fuerza por la tribu y gente más dominadora, los aztecas vieron en Hernán Cortés el cumplimiento de algo profetizado por su deseo de libertad. Corría entre aquellos indígenas como promesa de los dioses que arribaría un libertador y que iría del Este del mundo. La presencia de Hernán Cortés con sus caballos, que ellos no conocían, parecióles algo fantástico y divino, sus armamentos y sus cañones y arcabuces algo de truenos y de presagios de guerra santa.

Aun así y contando con la facilidad para sublevarse en los sometidos á Moztezuma la resistencia fué larga.

Se debió pues el triunfo de la conquista á la voluntad valiente y tenaz de Hernán Cortés, á su habilidad política y á la continua y firme alianza que le prestaron los indígenas amotinados por odio de raza y de opresión contra los aztecas, dominadores de Méjico.



De la historia de Lutero

La llamada Reforma y Lutero

Por una gran complejidad de motivos y derivándose de múltiples y variadas causas casi simultáneamente con otra sacudida social y de cultura, el Renacimiento, se produjo en la primera mitad del siglo xvi un gran movimiento religioso, un ansión de reforma que era exigida por todos, aun por la misma iglesia católica que se dolía de un estado de inquietudes y de desórdenes imperante.

En esa coyuntura se inició por Lutero en Alemania y por Calvino en Francia una revolución religiosa al amparo de aquellos anhelos; y surgió la llamada *Reforma* que trascendió luego á la vida política de las naciones y que rompió la unidad cristiana, dando credo á las iglesias que se nombraron luterana, calvinista y anglicana, separándose de la comunidad católica, apostólica, romana.

Nació Lutero en Eisleben (Sajonia), el 10 de No-

viembre de 1483. Sus padres eran muy pobres y cuando á los 14 años Martín Lutero empezó sus estudios, fué á las escuelas gratuitas de Magdeburgo y dos días á la semana andaba pidiendo limosna, de puerta en puerta, cantando plegarias y coplas populares.

No pudo continuar mucho tiempo en aquella ciudad porque le era muy difícil la vida y se trasladó á Eisenach. Allí una señora viuda le recogió en su casa y con una guitarra, tocando por las calles se ganaba Lutero, bien duramente, el pan de cada día á la vez que procuraba instruirse en las escuelas.

Más tarde pudo su padre con los trabajos de explorador de minas ayudarle para que marchando á Erfurth en aquella Universidad, cursase teología y derecho, sin descuidar sus otros estudios de literatura y música.

Tendría ya unos veinticinco años Lutero cuando le ocurrió un suceso, para su vida, trascendental.

Salió una tarde de paseo, como acostumbraba, acompañándole uno de sus mejores amigos, llamado Alexio. De pronto les sorprendió una horrorosa tempestad, en medio del campo y sin refugio próximo.

Un relampago iluminó fuertemente la atmósfera y el rayo cayó entre los amigos, dejando muerto en el acto á Alexio. Pasado aquel instante de ceguera por la luz y de atolondramiento por la descarga eléctrica, Lutero contempló fijamente el cadáver de su buen compañero y

fué tan intensa la impresión que recibió, que hubo en él un cambio completo de dirección en la vida.

Abandonó todo, y en busca de su padre, se encaminó á Eislebén. Y en su casa expresó su voluntad de retirarse del mundo, cumpliendo un voto que ofreció á Dios en aquel peligroso trance de la tormenta y por aquella fuerte emoción de la muerte de su amigo.

Pocos meses después de estos sucesos, Martín Lutero tomó su hábito en el convento de Agustinos, de Wittemberg.

Dícese que el padre de Lutero no dió mucha fé á esta conversión de su hijo á la vida de religioso.

Estudió con afán y vocación y llegó pronto á estar preparado para recibir las órdenes sagradas y dedicarse á las funciones ministeriales del sacerdote.

Los superiores de la Orden le dedicaron á explicar filosofía en la Universidad de Wittemberg.

Era un hombre de una viva sensibilidad y de apasionamiento. Ardiente é impetuoso en sus decisiones por exaltación imaginativa; espíritu fácil, inquieto, poniendo fuego en su palabra hacía natural y fácilmente prosélitos.

Tuvo una época de excitabilidad religiosa; algo así como pasión de ánimo por inquirir en problemas de conciencia y del destino ultraterreno. A menudo le asaltaba el terror de la persecución por el pecado y por el diablo y el miedo á la justicia divina.

Es curioso saber, para pensar luego en lo que estas alucinaciones influyen en la modalidad de la heregía luterana, que en esos agobios de su conciencia el confesor procuró en vano calmarle presentándole la bondad de la redención, el consuelo de la misericordia. Y dicen sus biógrafos que en cambio hizo en él verdadera huella la frase de San Agustín «el justo se salva por la fe.» En adelante Lutero no dudó de su salvación y la afianzó en su doctrina en la fe, no dando la razón esencial de justificación á las obras» una fe muerta.

Como surgió la Reforma

Habiendo ocurrido unas divergencias entre varios conventos de su orden fué enviado de Procurador á Roma para arreglar aquellos asuntos y volvió á Wittemberg y continuó sus estudios y sus enseñanzas en la Universidad.

Por entonces el papa León X, para allegar recursos con que continuar las obras de la Basílica de San Pedro del Vaticano, concedió un jubileo de indulgencias de remisión de pecados y de pena mediante la limosna de los fieles y encomendó la predicación de estas indulgencias á los Dominicos.

Lutero se reveló contra esta predicación de la indulgencia de San Pedro y contra la manera con que los dominicos hacían esa predicación que él calificaba de

venta. Los dominicos y los agustinos eran dos órdenes religiosas rivales. Y el Papa no vió otra cosa en los ataques de Lutero que, á la vez, se presentaba sumiso al Papa y á la Iglesia.

En este punto colocan casi todos los autores la ocasión de la Reforma luterana. Hay quien observa que con anterioridad á la predicación de las indulgencias y á la querrela de Lutero contra los dominicos, ya había aquel hecho públicamente profesión de su heterodoxia con la fe católica en unas conclusiones que defendió en su cátedra de Wittemberg. Otros creen que durante el noviciado había pasado muchas humillaciones que pusieron en tirantez sus inclinaciones naturales y su natural soberbia.

También se dice que le excitó grandemente el hecho de haber acudido muchos á su confesonario pidiendo la aplicación de las indulgencias que en aquella misma región predicaba por delegación del Papa el dominico P. Tetzel.

Un día aparecieron en las puertas de las iglesias de Wittemberg unas proposiciones de Lutero combatiendo las indulgencias, negando al Papa la facultad de concederles, restringiendo el alcance de estas gracias espirituales y atacando ya al dogma católico.

En este momento y con otras disputaciones públicas en las que afianzó su doctrina sobre el evangelio única ley, acerca de la salvación por la fe y de los sacramentos

puede considerarse definitiva la actitud heresiarca de Lutero.

El Papa le llamó á Roma, pero él pretestando falta de salud no fué. Convínose entonces que un legado de León X el cardenal Cayetano pasará á Alemania para que Lutero explicase su doctrina y su conducta.

Se verificó la entrevista. El cardenal acogió bondadosamente á Lutero y le exhortó á que justificase su situación y á que reconociese sus yerros dando promesa de acatar la autoridad de la Iglesia y de su Pontífice.

Lutero pidió tiempo y transcurridos unos días entregó al cardenal Cayetano su profesión de fe, redactada en términos que no admitió el legado del Papa.

Rotas estas negociaciones, Lutero publicó un libro dirigido á los nobles de Alemania, en el que censuraba duramente á la Corte pontificia.

En aquellas circunstancias acababa de ser nombrado emperador Carlos V, que había de verse obligado muy pronto á intervenir en la querella.

El Papa, agotados varios intentos de sumisión, publicó una bula condenando muchas proposiciones de Lutero que declaraba heregías y á la vez le instaba á que se presentara en Roma, pues estaba benignamente inclinado á perdonarle.

Recibió Lutero la Bula condenatoria y convocando en la plaza de la iglesia de Willemburg á los estudiantes

de la Universidad, se hizo una hoguera y á ella se arrojó el documento del Papa. Esta fecha fué la del 20 de Diciembre de 1520.

Siguieron á este día algunas algaradas con motivo de haber dado el Papa órdenes para que fuesen quemados los libros y los escritos de Lutero, declarando á la vez en entredicho á los pueblos que acogiesen las doctrinas del hereje.

La Dieta de Worms

Carlos V. fervoroso creyente, temiendo además que el movimiento religioso causare divisiones en sus estados alemanes, conoció La Dieta de Worms.

Allí acudieron todos los representantes del Imperio y como enviado del Papa, el cardenal Alejandro. Empezadas las reuniones de tan importante asamblea, se leyeron varias proposiciones de Lutero tachadas de heregía, pronunciando un discurso emocionante el nuncio del Pontífice.

Entonces salió á la defensa de Lutero el elector de Sajonia Federico, quien puso en duda la autenticidad de los escritos leídos, atribuidos á Lutero, y pidió que se hiciera comparecer ante la Dieta al acusado.

Esta preposición enardeció los ánimos de los representantes del Imperio, dividiéndose en dos bandos: unos

que querían la comparecencia de Lutero y otros que reclamaban la inmediata resolución condenatoria.

Carlos V fué de opinión de conceder á Lutero su salvo conducto, dándole seguridades completas de no ser detenido y que compareciera ante la Dieta de Worms.

Así asegurado personalmente acudió Lutero ante los representantes de Alemania, produciendo su presencia la mayor expectación.

Era el día 17 de Abril de 1521. Puestos en pie todos, se adelantó al sitio que ocupaba Lutero el Arzobispo de Tréveris hablándole en estos términos: «Según el acuerdo de las órdenes del Imperio, la sacra é invencible Majestad del Emperador os llama Martín Lutero para que contesteis á dos preguntas; os reconocéis por autor de estos escritos publicados con vuestro nombre? os consentis en retractaros de las proposiciones heréticas que se os señalan?

En medio de un gran silencio se levantó Lutero y en alta voz reconoció la paternidad de los libros y escritos que la asamblea le presentaba. En cuanto á la retractación pidió un plazo para pensar la respuesta.

Esto produjo un desencanto general y hasta hubo intentos de dar por concluso el pleito, pues parecía una burla de Lutero. No obstante dominó el criterio de otorgarle plazo y se le señaló el de un día.

Se reunió nuevamente, al otro día la Dieta y ante los

representantes del Imperio se presentó Lutero para dar la contestación aplazada. Y después de algunas ampliaciones pronunció solamente su frase «No es bueno, para el cristiano hablar contra su conciencia».

Se retiró inmediatamente, produciéndose en la Dieta un gran movimiento. Y enseguida el Emperador dictó un rescripto concediendo á Lutero un salvo conducto por veinte días y condenándole. Se le exigía además que por el camino no predicase sus errores ni promoviera perturbaciones populares.

Salió Lutero de Worms protegido por la promesa del Emperador y acompañado por varios caballeros amigos del elector de Sajonia que impidieron todo sobresalto y que además le facilitaron la impunidad para sus predicaciones en dos ciudades muy importantes. Y siguiendo en este plan aquellos caballeros, pusieron á Lutero en refugio seguro, transportándolo secretamente á un castillo, al castillo de Wartburgo.

En ese castillo permaneció oculto más de un año y allí tradujo la Biblia al alemán, traducción que puede considerarse como de los primeros modelos del alemán moderno.

*
* *

Había publicado Lutero que para reformar las costumbres eclesiásticas había que despojar á la Iglesia de

sus bienes y secularizarlos, aplicándolos á fines no religiosos. Esta teoría le agenció la adhesión de los príncipes y poderosos; pero llevaba en sí un gérmen de pillaje que tuvo sus consecuencias sangrientas. Pronto cundió entre los nobles pobres y entre los caballeros y se quisieron apoderar de los bienes territoriales del arzobispo de Tréveris, y entablada esta lucha social, la alta nobleza acometió en defensa á los salteadores y la agitación se extendió entre los paisanos. En estas luchas, en Alsacia fueron asesinados diez y ocho mil paisanos y diez mil en Suabia.

Los grandes señores realizaron ventajosamente la doctrina de la secularización.

*
* *

A la salida de Watburgo, el número de prosélitos de Lutero era muy grande. No era fácil ejecutar la sentencia condenatoria del Papa y de la dieta de Worms. Se habían hecho luteranos entre otros poderosos señores los electores de Sajonia y Brandeburgo.

A la sazón estaban empeñadas las fuerzas en la guerras de Francisco I con Carlos V. Y hasta la paz llamada de Cambrai no se pudo pensar nada favorable á la defensa de la Iglesia contra las predicaciones del luteranismo. Entonces Carlos V. en la dieta de Epiro decidió no permitir mayor divulgación al Credo de Lutero. Cinco

príncipes y muchas ciudades protestaron de esta decisión y de ahí el nombre de protestantes y Protestantismo que en la historia de la humanidad se ha venido dando á los seguidores de Lutero.

No había transcurrido un año y otra vez el emperador Carlos V preocupado con el protestantismo quiso intentar una conciliación y de nuevo y por medios persuasivos invitar á Lutero á una retractación de sus errores y su vuelta á la Iglesia romana.

Para esto reunió la dieta de Augsburgo en el año 1530. No tuvo esta reunión la trascendencia que era de desear y que deseaba sinceramente y políticamente el Emperador. Sin embargo á la dieta de Augsburgo hay que atribuir dos efectos de importancia.

Fueron tales los apremios de las discusiones sostenidas en la dieta que los luteranos se vieron obligados á puntualizar los términos de sus afirmaciones y á formular en un cuerpo de doctrina su credo religioso. Esta redacción de doctrina en proposiciones definidas se la encomendó Lutero á uno de sus más allegados y conspicuos discípulos, á Melancton. Este las redactó y constituyó con esas proposiciones lo que se ha llamado la confesión de Ausburgo, el credo de la primera Iglesia reformada, con veintiocho artículos.

El otro efecto de la dieta de Ausburgo fué más á la larga. En ella se condenaron como lo había hecho ante-

riormente la dieta de Worms las doctrinas luteranas; y para defenderse los protestantes organizaron un partido político que influyese en la vida de los Estados. La formación de este partido ó liga que se hizo en Sinalkalde dividió las fuerzas del imperio y obligó al Emperador á entrar en guerra con los luteranos, una guerra civil y religiosa.

• Cuando Carlos V pudo enderezar sus armas contra los de la liga protestante, por estar en aquellos momentos ocupado en la campaña contra Francisco I de Francia y contra los turcos, ya había muerto Lutero.

Murió Lutero el 18 de Febrero de 1546, en Eisleben. Fué desde Wittemberg para apaciguar unas discordias y al llegar enfermó y murió repentinamente. Tenía entonces sesenta y tres años. En sus últimos tiempos y después de escandalosas andanzas se había casado con Catalina Bore, una monja que había salido del convento de Bernardas de Wittemberg.

Volviendo al punto de la guerra diremos que el ejército de los protestantes fué destrozado en Mühlberg y los principales jefes quedaron prisioneros.

Más adelante, reconstituída la liga protestante y en alianza con Enrique II de Francia empezaron las luchas.

Y luego Carlos V reunió la dieta en Augsburgo, dando la libertad del culto á los príncipes luteranos y legitimando la secularización de las tierras.

Esta paz de Augsburgo no establecía la libertad religiosa, sino que por ella los príncipes podían imponer su religión al pueblo.

El concilio de Trento

No se puede seguir ni aun en resumen la historia de las agitaciones que la propagación del protestantismo levantó en Francia, en Ginebra, en Inglaterra.

Pero debe cerrarse este capítulo con la noticia del Concilio de Trento, acción de la Iglesia católica para contrarrestar la Reforma luterana con un sentido de renovación fundamentado en el espíritu y en la ortodoxia de la religión de Cristo.

La iglesia quería la reforma de la disciplina, la pureza de la doctrina y la santidad de la vida religiosa. Para ello se había pensado en la celebración de un concilio universal. No pudo realizarse hasta el 1545 ya algo tarde para atajar los males y trastornos religiosos y sociales del protestantismo.

El Concilio de Trento es el hecho más glorioso del Papa Paulo III: él lo convocó y presidió las ocho primeras sesiones, continuando luego con los Pontífices Julio III, Paulo IV y Pío IV. Se suspendió en varias ocasiones y positivamente duró ocho años.

El concilio rechazó todas las proposiciones de los protestantes: determinó que se tuviera por el texto

auténtico de la Biblia, el que se llamó de la Vulgata, traducción directa del texto griego hecha por San Jerónimo en el siglo IV: mantenimiento de la doctrina de la Iglesia acerca de los sacramentos; afirmación de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; declaración de los fundamentos de fe católica en las sagradas escrituras y la definición de las notas de la iglesia católica, apostólica y romana.

En orden á las costumbres y á la disciplina eclesiástica el Concilio de Trento decretó sabias medidas que aun perduran en el régimen y gobierno de la sociedad cristiana.

En este Concilio intervinieron los sabios del siglo, los más eminentes teólogos, juristas y escriturarios, y España envió sus hombres que fueron gloria del Concilio: Sotos, Melchor Cano, Arias Montano, Lainez, Salmerón, Carranza y otros muchos.



INDICE

	<u>Páginas</u>
A QUIEN VAYA Á LEER.....	5
DE LA HISTORIA DE LOS GRIEGOS:	
El pueblo.—Las razas	7
Los dioses y los héroes.....	8
Esparta y Atenas.....	13
Las guerras médicas.....	14
La muerte de Sócrates	20
DE LA HISTORIA DE ROMA:	
El pueblo romano	25
La fundación de Roma.....	26
La segunda guerra púnica	31
Julio César	37
DE LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO:	
Nacimiento de Jesús.....	44
Los apóstoles.....	48
Santiago el Mayor.....	52
Constantino y la paz á la iglesia.....	59
El concilio de Nicea.....	61
La Santa Cruz.....	62
DE LA HISTORIA DE LOS ÁRABES:	
La Arabia y los árabes,.....	64
Mahoma.....	70
El Corán.....	74
De los árabes en España.—La reconquista de Toledo....	75

DE LA HISTORIA DE LAS CRUZADAS:

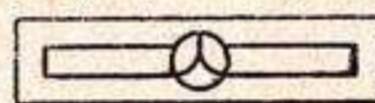
¿Qué fueron las cruzadas?.....	81
Pedro el Ermitaño.....	82
El Papa y el Concilio.....	87
La primera expedición.....	89
La toma de Jerusalén.....	93
Godofredo de Bouillón.....	98

DE LA HISTORIA DE AMÉRICA:

Cristóbal Colón.....	99
Hernán Cortés.....	107

DE LA HISTORIA DE LUTERO:

La llamada Reforma y Lutero.....	117
Cómo surgió la Reforma.....	120
La Dieta de Worms.....	123
El concilio de Trento.....	129





PARA LA JUVENTUD

Biblioteca Azul y Rosa

Volúmenes tamaño $27 \times 17 \frac{1}{2}$ centímetros de 300 á 500 páginas de texto, impresos en papel superior, ilustrados con preciosos grabados y viñetas y encuadernados con artísticas cubiertas al cromo barnizadas.

El Hijo del Capitán Nemo

Novela de viajes y aventuras, por Enrique Bedito. Profecías admirables de la ciencia relatadas de modo interesante y atractivo.

Flor de Aventuras

dos interesantísimas y emocionantes novelas de reputados literatos franceses traducidas con todo esmero al castellano.

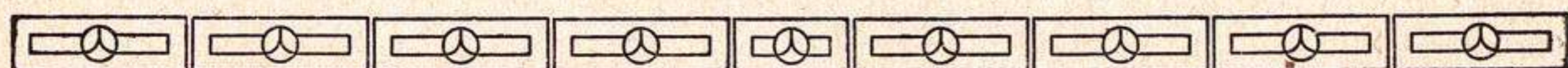
Las Veladas de la Quinta

por Madame de Genlis. Obra impregnada de bellas enseñanzas y de relatos conmovedores.

Precio de cada volumen.. { Con cubierta al cromo ... 5'50 ptas.
En tela y cantos dorados. 7'50 »

■ ■ ■ ■ IMPRENTA Y LIBRERÍA EDITORIAL ■ ■ ■ ■

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ ■ BURGOS



11



HIJOS DE SANTIAGO
RODRÍGUEZ

EDITORES :: :: :: ::
BURGOS



II
II

A
H
R
O
H
W
H
H
H

A
A
O
R
H
H
H

A

1545

II
II